

**Serie: Tratados Teológicos**

# La Iglesia

Un estudio profundo sobre la Iglesia, su propósito, llamada el cuerpo de Cristo, baluarte de la verdad, a la que el Señor le otorga su cuidado preferente.



*Federico Salvador Wadsworth*





**0. Contenido**

0. Contenido ..... 2

1. Introducción General ..... 3

2. Estructura del Tratado Teológico ..... 3

3. Mapa General de Tratados ..... 5

4. Mapa del Tratado ..... 6

5. Propósito del Tratado ..... 7

6. Desarrollo del tema ..... 7

    6.1. Introducción..... 7

    6.2. El concepto iglesia ..... 7

    6.3. Israel y la Iglesia ..... 10

    6.4. El fundamento de la Iglesia ..... 13

    6.5. Unidad en el Espíritu..... 18

    6.6. Iglesia Remanente ..... 23

    6.7. El Cuerpo de Cristo y otras metáforas ..... 32

    6.8. La Iglesia y la Verdad..... 36



## 1. Introducción General

La búsqueda del conocimiento de Dios y su propósito para el hombre constituye la más apasionante de las aventuras que la mente humana pueda proponerse. El reto de encontrar en el libro sagrado aquel hilo de oro del plan de salvación recompensará al estudioso, que podrá comprender la majestuosidad del esfuerzo de Aquél que **“no escatimó ni a su propio hijo” (Romanos 8: 32).**

El conjunto de tratados sobre temas bíblicos, del que usted tiene en sus manos uno de los estudios, ha sido preparado para proveer al miembro laico de la Iglesia Adventista del Séptimo Día del conocimiento requerido para enseñar a otros acerca de cómo crecer **“en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3: 18)** así como para **“presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3: 15).**

El autor es miembro regular de la Iglesia Adventista del Séptimo Día desde 1977, anciano de iglesia desde 1979, esposo, padre y abuelo, con el gozo de tener a toda su familia en **“la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 1: 3)** y que además suscribe totalmente las 28 doctrinas oficiales de la misma.



Reitero que estos tratados han sido preparados para el miembro de Iglesia, por lo que deberá graduar la dosis de conocimiento que deba transmitir a aquellos que se encuentren interesados en conocer a Jesús, a quien el profeta llama el **“Deseado de todas las gentes” (Hageo 2: 7).**

Por eso, al mismo tiempo, hemos querido también incluir material complementario al estudio bíblico que esperamos le permita ampliar sus actuales conocimientos, así como estar preparado para profundizar en **“cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Pedro 1: 12).** Su habilidad para introducir estos subtemas en armonía con los conceptos centrales es clave para favorecer la transferencia del conocimiento que usted y yo nos proponemos.

Dado que el conocimiento de nuestro Dios y sus propósitos estarán, por la obra y gracia del Espíritu Santo, siempre en pleno desarrollo, podrá encontrarse regularmente con actualizaciones de cada tratado (vea la fecha aa.mm.dd que acompaña al nombre del archivo). Estas actualizaciones, por supuesto, también corregirán algunas de las fallas humanas que puedan haber pasado inadvertidas para el autor. Por otro lado, su bien intencionado propósito de ayudarnos a mejorar estos temas será siempre bienvenido.

## 2. Estructura del Tratado Teológico

Al inicio de cada tratado le presentaremos la estructura general del conjunto de estos utilizando un diagrama de bloques numerado, llamado Mapa General de Tratados. Este gráfico (que aparece en la subsiguiente página) le permitirá ver dónde encaja el tratado que tiene en sus manos en relación con los otros temas. Para facilitar su ubicación además de la numeración, este estará marcado en color diferente de los demás. Coleccione los temas, actualícelos y ordénelos en esta secuencia si le parece útil a su propio desarrollo del conocimiento.

Los números en cada bloque establecen simultáneamente el orden de creación de estos tratados y la dependencia lógica también entre ellos. Los bloques del número 70 en adelante representan, a su vez, un conjunto de tratados especiales. Los he agrupado en 6 grandes temas:

- |    |                            |             |
|----|----------------------------|-------------|
| a. | Religiones comparadas      | Serie 70.nn |
| b. | Cronologías                | Serie 75.nn |
| c. | Armonías de los Evangelios | Serie 80.nn |
| d. | Genealogías                | Serie 85.nn |
| e. | Biografías bíblicas        | Serie 90.nn |
| f. | Historia                   | Serie 95.nn |

La lectura de estos temas le dará el marco referencial para entender los tratados más temáticos. Estos otros temas tienen su propia estructura que guardará relación con la aquí mencionada.

Luego del diagrama del conjunto, encontrará usted un diagrama de bloques del estudio propiamente dicho, llamado Mapa del Tratado, donde podrá notar lo siguiente:

- Cada bloque del diagrama indica el versículo o versículos de referencia en la parte inferior y una breve frase que corresponde con la lógica de su inclusión en el tema.



- b. Notará que hay algunos bloques, con versículos de color diferente, que hacen referencia a parábolas que ayudan a entender el tema central.
- c. Otros bloques, que no contienen versículos, exponen asuntos que podría usted tocar cuando presente el estudio; asuntos que poseen un trasfondo histórico, geográfico, científico, técnico, entre otros. Usted encontrará en este estudio alguna información que le ayudará a exponer sobre estos conceptos.
- d. Estos dos tipos de bloques no necesariamente están incluidos en todos los estudios.
- e. Las flechas indican la secuencia lógica en la que el autor piensa que estos temas deben ser presentados. La secuencia está establecida de izquierda a derecha y de arriba a abajo. Sin embargo, su propia iniciativa y conocimiento de las necesidades de sus oyentes le pueden marcar una ruta diferente. Déjese guiar en oración por Aquél que no puede errar.

Al finalizar esta fase gráfica usted encontrará el estudio en detalle, que seguirá hasta donde sea posible, la estructura del diagrama de bloques. Algunos materiales complementarios al estudio se incluirán al final. Le recomiendo que los lea con anticipación para encontrar el momento exacto para incluirlos en su exposición.

Hasta donde me ha sido posible he presentado la fuente de algunos de estos temas para que pueda extender su comprensión revisándolos. No pretendo conocer todo lo que estas fuentes tratan sobre el tema, por lo que lo aliento a profundizar y comentarme cómo mejorar este contenido. He incluido algunas imágenes halladas en Internet para hacer más amena su lectura, espero le agraden.

La fase escrita del estudio contendrá:

- a. Acápites por los subtemas principales.
- b. Citas Bíblicas (en color rojo).
- c. Citas del Espíritu de Profecía (en color verde).
- d. Citas de libros o artículos de diversos autores, destinadas a ampliar su conocimiento sobre el tema (en color azul).
- e. Comentarios de las citas mencionadas; en algunos casos estos se presentarán antes de la cita, como anticipando la declaración, mientras que en otras se ubicarán después como confirmación del concepto que se sostiene (en color negro).
- f. Mapas, cronogramas, genealogías y otros diagramas cuando corresponda a la exposición del tema.
- g. Material complementario agrupado en un acápite que ayuda a comprender algunos de los aspectos que podrían surgir al tratar el tema central con otras personas. No todos los temas contienen necesariamente este material.

Cuando no se indique lo contrario las citas de la Santa Biblia corresponden a la versión Reina-Valera 1960, mi favorita. Alguna vez incluiré otras versiones para comparar o ampliar la comprensión de un texto.

Cuando usted desarrolle un estudio bíblico sobre este tema con personas que no pertenecen a la Iglesia le recomiendo que use la sección correspondiente al estudio (con los versos incluidos en el diagrama de bloques) sin presentar las declaraciones del Espíritu de Profecía. Comente los materiales complementarios conforme surjan en la exposición, así como en la fase de preguntas y respuestas.

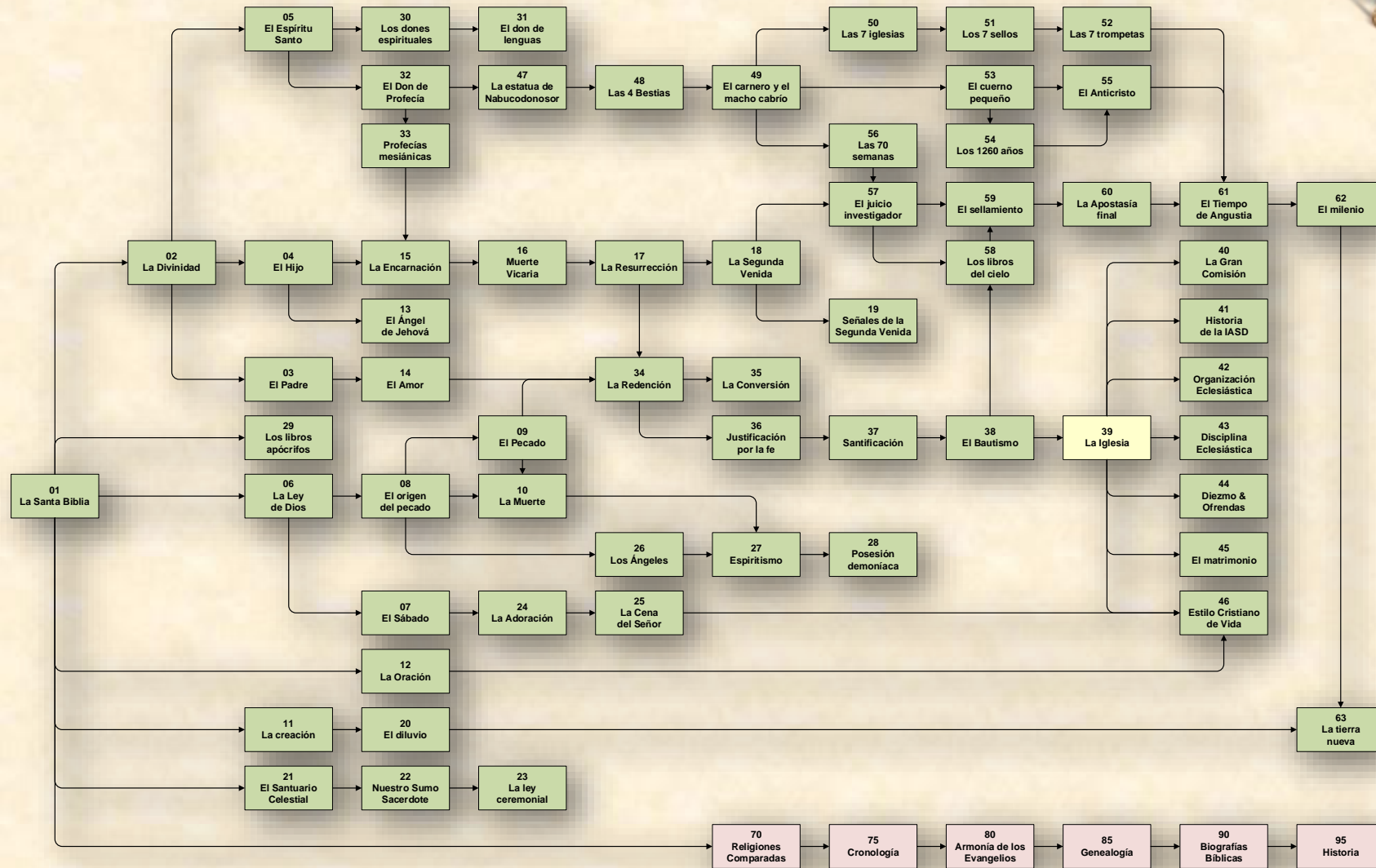
He preparado también un archivo que incluye todos los diagramas de bloques de los tratados de manera que le sirvan de ayuda memoria cuando presente el tema. También he creado un archivo con una copia de todos los contenidos de los tratados de manera que pueda revisarlos sin abrir cada uno de los documentos, en caso esté buscando un subtema específico.

Permítame, como hasta ahora, que durante el estudio me dirija a usted en forma personal. Creo que así es como nuestro Salvador hablaba con aquellos a quienes amaba y deseaba salvar. Seguramente usted hará lo propio con aquellos que le escuchan con este propósito.

Este es un material gratuito que seguramente ha llegado hasta usted por alguien que lo aprecia y desea que conozca aún más a Jesús y su maravilloso plan de salvación. Difúndalo de la misma manera, ya que “de gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10: 8).

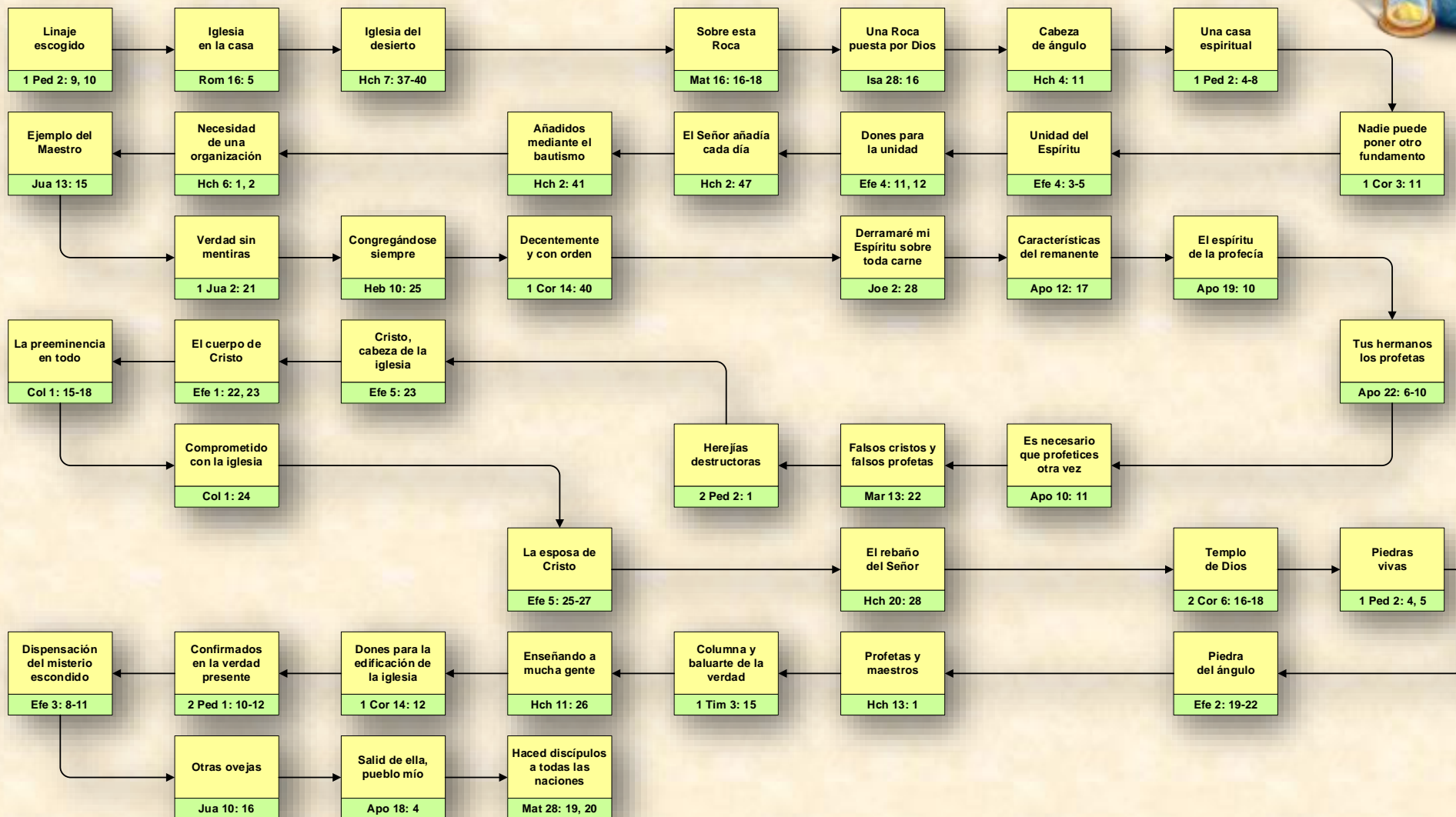


### 3. Mapa General de Tratados





#### 4. Mapa del Tratado





## 5. Propósito del Tratado

El propósito del tratado es el siguiente:

- a. Exponer el significado del concepto iglesia.
- b. Señalar la relación de la Iglesia con la verdad presente.
- c. Identificar a la iglesia remanente y sus características principales.
- d. Definir la naturaleza y funciones de la Iglesia.
- e. Vincular la iglesia fundada por Cristo y el Israel del Antiguo Testamento, y sus objetivos compartidos.

## 6. Desarrollo del tema

### 6.1. Introducción

Por lo general la gente tiene algún concepto sobre el significado de la palabra iglesia, a veces utilizada para identificar un templo, que no es el sentido de lo que trataremos en este estudio. Normalmente asociamos el concepto iglesia a un grupo de creyentes que comparten un conjunto de doctrinas que se traduce en una forma de vida de estas personas. Esta asociación es correcta si hablamos de las iglesias en general.

Nuestra intención en cambio es hablar de la Iglesia, la Iglesia que Jesús fundó, a la que asignó grandes responsabilidades, pero a la cual también bendijo con dones espirituales destinados al cumplimiento de su elevada misión. Identificar las características de esta Iglesia permitirá diferenciarla de aquellas que no lo son, aunque tal vez lo pretendan. Así alcanzaríamos uno de los objetivos de este tratado: identificar a la Iglesia verdadera, la que sigue los lineamientos de su Fundador.

A pesar de ser inherente a la existencia de la iglesia el cumplimiento de la misión, dejaré este tema para el tratado siguiente para no extender este en demasía. Aquí solamente haré una breve referencia a este importante tema. Tampoco es posible apartar de este tema la verdad presente sobre la Iglesia Remanente, la iglesia del último tiempo, desde el tiempo del fin hasta el fin del tiempo. Sobre este tema si profundizaremos, aunque prometo dedicar un tratado futuro a la historia de esta iglesia.

La Biblia, desde el principio hasta el fin, se interesa en el propósito de Dios de crear un pueblo para sí; un pueblo que le responda en fe y obediencia y que sea una fuente de bendición para todas las naciones. El llamamiento de Abraham, Isaac y Jacob respondió a la intención de formar ese pueblo (**Génesis 17: 1-8**; cf. **12: 1-3**; **15: 1-6**). La elección de Israel tuvo un propósito similar. Cuando Israel como nación se rebeló, procurando al igual que Adán la autosuficiencia, Dios se dispuso a apartar un remanente (**Isaías 37: 31**; **Miqueas. 2: 12**; **5: 7, 8**; **Sofonías 3: 13**) por medio del cual se cumpliría el plan de redención. El Nuevo Testamento continúa describiendo la intención divina de hacer de Israel el pueblo escogido de Dios, un objetivo que se cumple en el establecimiento de la iglesia cristiana.

Por lo general se considera que la comunidad cristiana primitiva conocida como "iglesia" nace el Día de Pentecostés, después de la muerte y resurrección de Cristo. Su crecimiento y organización fueron procesos graduales

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 607**

### 6.2. El concepto iglesia

El concepto básico de la iglesia es el de una comunidad que comparte un objetivo central que es la proclamación del mensaje de salvación. Este mensaje además de ser predicado debe ser, sobre todo, vivido. Es decir, se espera que la iglesia, esto es, los miembros que la conforman, vivan el mensaje que predicán. Además, la iglesia tiene un sentido de pertenencia con Dios, la iglesia es una propiedad de Dios, y Él debe conducirla, pues no es una obra de hombres sino divina. Las personas que la integran deben haber abandonado el mundo, con el significado teológico que está implicado, y vivir vidas santas, es decir, apartadas para un uso sagrado. Son llamados fuera para cumplir una misión que de otra manera no tendrían, y para vivir de una forma diferente de la que vivirían.

La palabra iglesia (del latín *ecclesia*) y los términos afines en otros idiomas (cf. escocés: *kirk*, holandés: *kerk*, alemán: *kirche* [inglés: *church*]) derivan del vocablo griego *kuriakós*: "lo que pertenece al Señor". Generalmente se interpreta el término *ekklesía* en el Nuevo Testamento como proveniente de *ek* ("fuera", o "de") y *klésis* ("llamar"), término usado entre los griegos para referirse a un cuerpo de ciudadanos reunidos para discutir asuntos oficiales.

Aunque adquirió un significado teológico peculiar, tiene su propia historia previa a la era cristiana. La misma palabra es una marcada evidencia de la conexión que existe entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. La **LXX** [Septuaginta] utiliza el término *ekklesía* casi 100 veces



como traducción de qâhâl, “reunión”, “asamblea”, “encuentro”, “convocatoria”, “los que se han juntado”. Puede hacer alusión a una reunión de varones convocados para realizar sus deberes militares (**Números 22: 14; Ezequiel 16: 40**) o los que se juntan para hacer el mal (**Salmos 26: 5**). Se usa comúnmente para referirse a quienes adoran a Dios (**2 Crónicas 30: 13**) así como para describir la reunión de Israel ante Dios en Horeb (**Deuteronomio 9: 10; 10: 4; 18: 16**). En **Deuteronomio 31: 30** “la congregación” de Israel se reúne ante el Señor con propósitos religiosos. La voz podía aplicarse a las reuniones de diversa índole, aunque la gente y su propósito eran lo que daban significado a qâhâl. El vocablo hebreo fiêdâh –también una palabra genérica para “reunión”, “asamblea”, “congregación”– usualmente se vierte al griego con *synagoga*. Como ya se mencionó, el término griego *ekklêsía* generalmente se usaba para referirse a una asamblea de ciudadanos libres convocados por un vocero público con el propósito de escuchar un discurso, por lo general en conexión con asuntos públicos. Este significado todavía se encuentra en **Hechos 19: 32, 39, 41**.

Por tanto, la palabra iglesia entró en la terminología cristiana con un trasfondo similar, tanto para los judíos como para los griegos. En el vocabulario cristiano *ekklêsía* denotaba la “congregación” o comunidad de los que fueron llamados por Dios a salir del mundo para ser su pueblo. Era la sociedad de quienes eran libres, pero siempre conscientes de que su libertad provenía de la obediencia a su Señor. Este énfasis se hace explícito en muchos casos como, por ejemplo, “*ekklêsía de Dios*” (**1 Corintios 1: 2; 10: 32; Gálatas 1: 13; 1 Tesalonicenses 2: 14; 1 Timoteo 3: 5**).

En ocasiones se califica a la iglesia como la iglesia o las iglesias “de Cristo” (**Romanos 16: 16; Gálatas 1: 22**) o “del Señor” (**Hechos 20: 28**). A menudo esta calificación es implícita, pero, aunque falte la frase preposicional, el contexto sigue siendo claro: Dios en Cristo es la autoridad que constituyó la *ekklêsía*. Le pertenece a Dios porque él la llamó a la existencia; mora en ella y la gobierna.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 609, 610**

La iglesia es el pueblo de Dios y El Señor se refiere a ellos como “**linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios**” lo que comunica una fuerte idea de lo que espera Dios de esta comunidad de creyentes desde el punto de vista espiritual, moral y ético. Señala Dios que le los “**llamó de las tinieblas a su luz admirable**” por lo que su creación (de la iglesias) se reitera como un acto divino. Señala además que su propósito es dar a conocer al mundo el carácter de Dios, por precepto y ejemplo. En los versículos siguiente además hay una referencia a los gentiles, que otrora no eran parte del pueblo de Dios, pero que ahora comparten su lugar con Israel, siendo ambos el Israel espiritual.

**Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.**

**1 Pedro 2: 9, 10**

La Iglesia es además “**el medio señalado por Dios para la salvación de los hombres. Fue organizada para servir, y su misión es la de anunciar el Evangelio al mundo**” por lo que tiene un objetivo trascendente, debiendo alcanzar su realización con el hecho de que muchas personas conozcan a su Señor, y acepten compartir la misión de llegar a otros, al mismo tiempo que prepararse para encontrarse con su Señor. Esta preparación incluye tanto el conocimiento formal de la doctrina, para entender y diferenciar el bien del mal, como también (y de manera prioritaria) para reflejar en su vida los principios enseñados por el Maestro.

La Iglesia es el medio señalado por Dios para la salvación de los hombres. Fue organizada para servir, y su misión es la de anunciar el Evangelio al mundo. Desde el principio fué el plan de Dios que su iglesia reflejase al mundo su plenitud y suficiencia. Los miembros de la iglesia, los que han sido llamados de las tinieblas a su luz admirable, han de revelar su gloria. La iglesia es la depositaria de las riquezas de la gracia de Cristo; y mediante la iglesia se manifestará con el tiempo, aun a “**los principados y potestades en los cielos**” (**Efesios 3: 10**), el despliegue final y pleno del amor de Dios.

Muchas y maravillosas son las promesas registradas en las Escrituras en cuanto a la iglesia. “**Mi casa, casa de oración será llamada de todos los pueblos**”. **Isaías 56: 7**. “**Y daré a ellas, y a los alrededores de mi collado, bendición; y haré descender la lluvia en su tiempo, lluvias de bendición serán.... Y despertaré una planta por nombre, y no más serán consumidos de hambre en la tierra, ni serán más avergonzados de las gentes. Y sabrán que yo su Dios Jehová soy con ellos, y ellos son mi pueblo, la casa de Israel, dice el Señor Jehová**”. **Ezequiel 34: 26, 29-31**.

“**Vosotros sois mis testigos, dice Jehová, y mi siervo que yo escogí; para que me conozcáis y creáis, y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fué formado Dios, ni lo será después de mí. Yo, yo Jehová; y fuera de mí no hay quien salve. Yo anuncié, y salvé, e hice oír, y no hubo entre vosotros extraño. Vosotros pues sois mis testigos, dice Jehová, que yo soy Dios**”. “**Yo Jehová te he**





llamado en justicia, y te tendré por la mano; te guardaré y te pondré por alianza del pueblo, por luz de las gentes; para que abras ojos de ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que están de asiento en tinieblas”. **Isaías 43: 10-12; 42: 6, 7.**

“En hora de contentamiento te oí, y en el día de salud te ayudé: y guardarte he, y te daré por alianza del pueblo, para que levantes la tierra, para que heredes asoladas heredades; para que digas a los presos: salid; y a los que están en tinieblas: manifestaos. En los caminos serán apacentados, y en todas las cumbres serán sus pastos. No tendrán hambre ni sed, ni el calor ni el sol los afligirá; porque el que tiene de ellos misericordia los guiará, y los conducirá a manaderos de aguas. Y tornaré camino todos mis montes, y mis calzadas serán levantadas...”

“Cantad alabanzas, oh cielos, y alégrate, tierra; y prorrupe en alabanzas, oh montes: porque Jehová ha consolado su pueblo, y de sus pobres tendrá misericordia. Mas Sión dijo: dejóme Jehová, y el Señor se olvidó de mí. ¿Olvidaráse la mujer de lo que parió, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque se olviden ellas, yo no me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas te tengo esculpida: delante de mí están siempre tus muros”. **Isaías 49: 8-16.**

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 10, 11**

Hace muchos años, cuando recién había llegado a la iglesia, y aún no había sido bautizado, el Pastor Oscar Hugo Domato Viviani (le recuerdo tan bien porque me bautizó, hace 44 años, me casó, y dedicó a la primera de mis hijas, además de ser un gran referente... bueno, él ya descansa en el Señor) me dijo que la iglesia es un hospital y no una vitrina de santos. Entiendo el punto que él señalaba en aquél entonces, vamos a la iglesia para curarnos del pecado, aprender del gran Sanador, y permitir que nuestra vida sea transformada por el Espíritu Santo. No vamos a la iglesia porque ya lo hemos logrado, sino para lograr ser buenos hijos de Dios. En ese sentido es también una “ciudad de refugio” donde nosotros fugitivos podemos guarecernos y estar a salvo del vengador. Pero ser miembro de iglesia incluye una altísima responsabilidad con Quien la creó, sostiene, dirige y bendice. La iglesia triunfará, con nosotros o sin nosotros (mejor con nosotros, digo yo) pues su destino está trazado.

La iglesia es la fortaleza de Dios, su ciudad de refugio, que él sostiene en un mundo en rebelión. Cualquier traición a la iglesia es traición hecha a Aquel que ha comprado a la humanidad con la sangre de su Hijo unigénito. Desde el principio, las almas fieles han constituido la iglesia en la tierra. En todo tiempo el Señor ha tenido sus atalayas, que han dado un testimonio fiel a la generación en la cual vivieron. Estos centinelas daban el mensaje de amonestación; y cuando eran llamados a deponer su armadura, otros continuaban la labor. Dios ligó consigo a estos testigos mediante un pacto, uniendo a la iglesia de la tierra con la iglesia del cielo [recuerde esto para cuando lleguemos hacia el final de este tratado]. Él ha enviado a sus ángeles para ministrar a su iglesia, y las puertas del infierno no han podido prevalecer contra su pueblo.

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 9, 10**

Aunque puede hablarse de la iglesia de manera geográfica: “a la iglesia de Dios que está en Corinto”, la iglesia como concepto es universal, siendo las ubicaciones geográficas meramente aplicables a una pequeña porción de la gran comunidad que se reúne en ese lugar. En mi opinión, esto establece también que el gran objetivo local debe ser igual al gran objetivo universal de la iglesia. La diferenciación geográfica no debe implicar una diferencia en propósito, doctrina, ni en sujeción a Cristo, como cabeza de la iglesia universal, ni tampoco de principios. Probablemente hablemos diversos idiomas, nos vistamos de manera diferente, con matices en la liturgia, pero nuestro objetivo sigue siendo el mismo, y el amor con el que debemos tratarnos no tiene ubicación geográfica.

Los escritos del Nuevo Testamento se refieren a la iglesia de dos maneras. La mayoría de las referencias apuntan a una comunidad de creyentes en una localidad específica. Por tanto, las cartas de Pablo están dirigidas “a la iglesia de Dios que está en Corinto” (**1 Corintios 1: 2**) o “a la iglesia de los tesalonicenses” (**1 Tesalonicenses. 1: 1**). El término se usa de la misma manera con relación a Jerusalén (**Hechos 8: 1; 11: 22**) o a Cenebras (**Romanos 16: 1**). Un grupo pequeño de cristianos que se reunían para adorar en una casa también se identifica con el concepto de iglesia (**Romanos 16: 5; 1 Corintios 16: 19; Colosenses 4: 15**).

En un sentido más amplio el término se utiliza para referirse a zonas geográficas más amplias o para denotar la iglesia universal, es decir, la iglesia en su totalidad. Así escuchamos acerca de “las iglesias de Galacia” (**Gálatas 1: 2**), “las iglesias de Judea, que eran en Cristo” (versículo **22**); cf. **1 Tesalonicenses 2: 14**), Macedonia (**2 Corintios 8: 1**) o Asia (**1 Corintios 16: 19**); y encontramos que la palabra “iglesia” se usa en un sentido universal, como por ejemplo en **Efesios 1: 22; 3: 10; Colosenses 1: 18**. Es, en realidad, de la misma forma en que el Señor mismo declaró que edificaría su iglesia (**Mateo 16: 18**).

Para tener una comprensión adecuada de la perspectiva del Nuevo Testamento sobre la naturaleza y el alcance de la iglesia deben considerarse por igual tanto la dimensión local como la universal. La congregación local es la iglesia, por ejemplo, “en Corinto” (**1 Corintios 1: 2**). Aun así,



la congregación local no se considera meramente una parte o componente de la iglesia total, sino como la misma iglesia en su expresión local. La ekklesiá local visible es la totalidad de la iglesia expresada específicamente en un tiempo y un espacio particular.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 610, 611**

Saludad también a la iglesia de su casa. Saludad a Epeneto, amado mío, que es el primer fruto de Acaya para Cristo.

**Romanos 16: 5**

### 6.3. Israel y la Iglesia



Aunque la iglesia parece ser un concepto neotestamentario, lo cierto es que la vinculación con Israel, el otrora pueblo de Dios, es más que evidente. Por ejemplo, cuando de Moisés se habla Lucas menciona a Israel como la “congregación en el desierto” y utiliza el termino ekklesiá del que hemos hablado líneas arriba, por lo que este texto podría traducirse como la “iglesia en el desierto”.

Este Moisés es el que dijo a los hijos de Israel: profeta os levantará el Señor vuestro Dios de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis. Este es aquel Moisés que estuvo en la congregación en el desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí, y con nuestros padres, y que recibió palabras de vida que darnos; al cual nuestros padres no quisieron obedecer, sino que le desecharon, y en sus

corazones se volvieron a Egipto, cuando dijeron a Aarón: haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido.

**Hechos 7: 37-40**

Desde el principio las almas fieles han constituido la iglesia en la Tierra. En todo tiempo el Señor ha tenido sus atalayas, que han dado un testimonio fiel a la generación en la cual vivieron... Dios ligó consigo a estos testigos mediante un pacto, uniendo a la iglesia de la Tierra con la iglesia del cielo. Él ha enviado a sus ángeles para ministrar a su iglesia, y las puertas del infierno no han podido prevalecer contra su pueblo.

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 10, 11**

Cuando Israel, al final de la profecía de las 70 semanas dejó de ser el pueblo de Dios para ser reemplazado por iglesia, ésta también asumió el título del ser el “Israel” de Dios, en contraste con el “Israel de la carne”. Este nuevo Israel tenía el mismo propósito de la “iglesia en el desierto” (igual que en los tiempos que Israel ocupó un lugar entre las naciones de la antigüedad). Debía mostrarse como un pueblo especial, que fuera atractivo a todos los que lo conocieran, para que buscaran a Jehová, el Dios de Israel.

En tiempos del Nuevo Testamento, el término “Israel” ya no representa una entidad nacional sino al pueblo espiritual de Dios, al nuevo Israel. Debido a que Israel como nación rechazó a su Mesías, Dios continuó su obra de salvación traspasando su reino “a gente que rinda su fruto” (**Mateo 21: 43**). Este “linaje elegido”, este “real sacerdocio”, “nación santa”, “pueblo adquirido por Dios”, es la iglesia (**1 Pedro 2: 9**).

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 612**

Pero en realidad el pacto de Dios con el nuevo Israel, como había ocurrido con el antiguo, era una ratificación del pacto que había Dios establecido luego del pecado de Adán, un pacto de gracia basado en el sacrificio futuro del redentor, un pacto que Dios confirmó luego con Noé, Abraham e hizo lo propio con la descendencia de Jacob. Siempre Dios ha tenido un pueblo en la tierra, que nunca ha sido la mayoría, numéricamente hablando, pero que siempre ha intentado levantar en alto el pabellón ensangrentado de Emmanuel. Con todos ellos Dios estableció un pacto de gracia, pero basado en la obediencia a la Ley como resultado de su relación con Dios y por la obra del Espíritu Santo en sus corazones. Era el propósito de Dios exaltar a este pueblo para que fuera un dechado para todas las naciones, pero Israel, a excepción de muy cortos y esporádicos tiempos, no cumplió con el objetivo de Dios y debió ser reemplazado por la iglesia. La iglesia tiene hoy la misión que tenía Israel, dar a conocer el carácter de Dios, su justicia y misericordia y su plan de salvación para librar al hombre del destino que merecerían sus pecados.

Lo que sí se establece en las Escrituras es que todos los tratos de Dios con los israelitas en los tiempos del Antiguo Testamento se basaban en el pacto que originalmente se había ratificado entre Yahveh y Abraham (**Génesis 15: 18; 17: 2-7**). A este último Dios lo había elegido con un



propósito claro en mente: la salvación de todas las naciones (**Génesis 12: 3**). Recordando su pacto con Abraham (**Éxodo 2: 24**), Dios lo renovó con Israel en el Monte Sinaí para que su propósito universal se cumpliera. Israel sería su “especial tesoro sobre todos los pueblos” (**Éxodo 19: 5, 6**), su “reino de sacerdotes” (versículo **6**), apartados para representar a Dios ante el mundo, así como las necesidades del mundo ante Dios. Sin embargo, la elección de Israel, del mismo modo que la de Abraham, no incluía el rechazo de ninguna otra nación. Israel fue escogido por el bien y la salvación del mundo, ya que Dios dijo: “Porque mía es toda la tierra” (versículo **5**). Había elegido tanto a Abraham como a Israel, no para privilegiarlos, sino para el servicio, para el adelanto de su propósito entre las naciones.

El pueblo de Israel se comprometió a obedecer a Dios (versículos **1-8; 24: 3-8**). Por su parte, Dios prometió darle, como resultado de su obediencia, la tierra que había prometido a sus padres (**Deuteronomio 1: 7, 8**; cf. **Génesis 15: 18**) y conferirle bendiciones especiales de carácter físico, intelectual y material (**Deuteronomio 7: 12-16; 28: 1-6, 10, 13; 30: 9, 10**), exaltándolos “sobre todas las naciones de la tierra” (**Deuteronomio 28: 1**). Todas estas bendiciones del pacto fueron predichas asumiendo la obediencia fiel de Israel a la voluntad de Dios (**Deuteronomio 5: 5-8; 7: 12-16**). Las naciones de la Tierra, impresionadas por el testimonio y el ejemplo vivo de Israel, se unirían una por una con el pueblo del pacto en la adoración y el servicio del Dios verdadero (**Deuteronomio 28: 1-14; Isaías 2: 1-3; 19: 18-22; 56: 6, 7; 60: 1-16; Zacarías 8: 2023**). Es importante notar que este pacto era condicional, como lo establece la cláusula inicial del pasaje de **Éxodo 19: “Si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto”** (versículo **5**). Trágicamente, Israel fue desobediente y a la vez un representante indigno. Su infidelidad lo condujo al cautiverio babilónico y a la pérdida de Canaán. Después del cautiverio, Dios renovó su pacto con Israel y restauró a los exiliados a su tierra del pacto como lo había prometido por medio de sus siervos los profetas. Ellos le recordaban a Israel que las promesas del pacto todavía podrían cumplir si se mantenían fieles a Dios (**Isaías 14: 1, 2; 27: 12, 13; Jeremías 16: 14-16; 29: 10-14; Ezequiel 34: 11-16; Miqueas 2: 12, 13**).

Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 612

Pero cuando el Mesías prometido estaba a punto de venir su pueblo ni siquiera lo esperaba, menos entre aquellos que debían de haber enseñado al pueblo un acontecimiento estelar de la historia. Fueron extranjeros, los magos que vinieron del oriente los que, auscultando las revelaciones de los profetas, anticiparon la venida del Salvador y siguieron su estrella. La venida del Mesías solamente fue acompañada por un puñado de pastores que recibieron la buena nueva de un coro angelical, pues los magos ya llegaron cuando el Niño había crecido un poco...



Cuando el Mesías enviado de Dios vino a su propio pueblo, los suyos “no lo recibieron” (**Juan 1: 11**). Israel fue rechazado como el pueblo del pacto de Dios. En esa ocasión Dios no les dio la seguridad de restaurar su pacto con ellos. Cristo manifestó el veredicto sobre la nación judía: “El reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que rinda su fruto” (**Mateo 21: 43**). Los privilegios, las promesas y las bendiciones del pacto fueron transferidos a la iglesia cristiana, ahora funcionando como el Israel espiritual y como el instrumento escogido de Dios en la Tierra.

Algunas de las profecías del Antiguo Testamento referentes a la nación de Israel nunca se cumplirían, pues fueron expresadas a una nación situada en la tierra de Canaán y estaban estrictamente condicionadas a que Israel retuviera su condición de pueblo del pacto. Los redactores del Nuevo Testamento aplican en un sentido “espiritual” a la iglesia otras promesas del Antiguo Testamento dirigidas específicamente al Israel literal. Así, después de predecir el rechazo de Israel por

causa de su pecado, Oseas profetiza su restauración (**1: 6, 9**). Dios hará un nuevo pacto con Israel (**Ose. 2: 18**) y se desposará con su pueblo para siempre (versículos **19, 23**). El Israel rechazado sería restaurado en forma espiritual. El Nuevo Testamento aplica esas profecías al Israel espiritual, la iglesia. Pablo, refiriéndose a este nuevo pueblo, que no está formado sólo por judíos sino también por gentiles, afirma: “Como también en Oseas dice: llamaré pueblo mío, al que no era mi pueblo; y a la no amada, amada” (**Romanos 9: 25**). Nuevamente, refiriéndose a **Oseas 1: 9**, el apóstol agrega: “Y en el lugar donde se les dijo: vosotros no sois pueblo mío, allí serán llamados hijos del Dios viviente” (versículo **26**).

Joel, del mismo modo que Oseas, previó la restauración de Israel: “Conoceréis que en medio de Israel estoy yo, y que yo soy Jehová vuestro Dios, y no hay otro; y mi pueblo nunca jamás será avergonzado” (**Joel 2: 27**). A esta promesa le sigue la sorprendente profecía del derramamiento del



Espíritu Santo sobre toda carne (versículos **28, 29**), claramente una promesa al Israel literal, ya que sigue diciendo la profecía: “En aquellos días, y en aquel tiempo en que haré volver la cautividad de Judá y de Jerusalén” (**3: 1**). Sin embargo, en el Día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre la iglesia, Pedro, guiado por el Espíritu, dijo: “Mas esto es lo dicho por el profeta Joel” (**Hechos 2: 16**). Entonces puede concluirse que tanto Pablo como Pedro querían decir que las promesas hechas al Israel literal se cumplieron con el Israel espiritual: la iglesia. Como individuos, los judíos todavía podrían hallar salvación, pero sería como creyentes en Cristo (**Romanos 9: 6-8; 10: 12, 13; 11: 1, 2**).

En muchos aspectos la iglesia ha tomado el lugar de Israel, hasta el grado en que no todos los descendientes físicos de Abraham son sus descendientes espirituales. Pablo enfatiza este punto en su Epístola a los **Romanos**: “Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en Espíritu, no en letra” (**Romanos 2: 28, 29; cf. 4: 16; 9: 7, 8; Gálatas 3: 29**). Abraham fue hecho “padre de todos los creyentes no circuncidados” (**Romanos 4: 11**). Es difícil que las palabras expresen con más claridad el hecho que la simiente espiritual de Abraham, sus verdaderos hijos espirituales, son hombres y mujeres de fe, sin importar sus raíces étnicas. La iglesia ha llegado a ser el “Israel de Dios” (**Gálatas 6: 16...**).

Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 612, 613

Siempre fue el propósito de Dios que su pueblo fuera una bendición para el mundo. Ya sea actuando individualmente como en los casos de José o Daniel, los integrantes de este pueblo santo debían, a través de su ejemplo e influencia, alcanzar a otros pueblos con el conocimiento del Dios verdadero. Esto no es diferente hoy para la iglesia. Pero Israel no cumplió con la tarea que Dios le había encomendado, cayeron en una “rutina de ceremonias” y estaban “satisfechos con una religión legal”. La iglesia debe cuidar que esto no le suceda.

Desde el principio Dios ha obrado por medio de su pueblo para proporcionar bendición al mundo. Para la antigua nación egipcia Dios hizo de José una fuente de vida. Mediante la integridad de José fué preservada la vida de todo ese pueblo. Mediante Daniel Dios salvó la vida de todos los sabios de Babilonia. Y esas liberaciones son lecciones objetivas; ilustran las bendiciones espirituales ofrecidas al mundo mediante la relación con el Dios a quien José y Daniel adoraban. Todo aquel en cuyo corazón habite Cristo, todo aquel que quiera revelar su amor al mundo, es colaborador con Dios para la bendición de la humanidad. Cuando recibe gracia del Salvador para impartir a otros, de todo su ser fluye la marea de vida espiritual.

Dios escogió a Israel para que revelase su carácter a los hombres. Deseaba que fuesen como manantiales de salvación en el mundo. Se les encomendaron los oráculos del cielo, la revelación de la voluntad de Dios. En los primeros días de Israel, las naciones del mundo, por causa de sus prácticas corruptas, habían perdido el conocimiento de Dios. Una vez le habían conocido; pero por cuanto “no le glorificaron como a Dios, ni dieron gracias; antes se desvanecieron en sus discursos, ... el necio corazón de ellos fué entenebrecido”. **Romanos 1: 21**. Sin embargo, en su misericordia, Dios no los borró de la existencia. Se proponía darles una oportunidad de volver a conocerle por medio de su pueblo escogido. Mediante las enseñanzas del servicio de los sacrificios, Cristo había de ser levantado ante todas las naciones, y cuantos le miraran vivirían. Cristo era el fundamento de la economía judía. Todo el sistema de los tipos y símbolos era una profecía compacta del Evangelio, una presentación en la cual estaban resumidas las promesas de la redención.



Pero el pueblo de Israel perdió de vista sus grandes privilegios como representante de Dios. Olvidaron a Dios, y dejaron de cumplir su santa misión. Las bendiciones que recibieron no proporcionaron bendición al mundo. Se apropiaron ellos de todas sus ventajas para su propia glorificación. Se aislaron del mundo a fin de rehuir la tentación. Las restricciones que Dios había impuesto a su asociación con los ídolos paganos, las usaban para edificar una muralla de separación entre ellos y todas las demás naciones.

Privaron a Dios del servicio que requería de ellos, y privaron a sus semejantes de dirección religiosa y de un ejemplo santo.

Los sacerdotes y gobernantes se estancaron en una rutina de ceremonias. Estaban satisfechos con una religión legal, y era imposible para ellos dar a otros las verdades vivientes del cielo. Consideraban cabalmente suficiente su propia justicia, y no deseaban que un nuevo elemento



se introdujera en su religión. No aceptaban la buena voluntad de Dios para con los hombres como algo independiente de ellos mismos, sino que la relacionaban con sus propios méritos debidos a sus buenas obras. La fe que obra por el amor y purifica el alma no podía unirse con la religión de los fariseos, hecha de ceremonias y de mandamientos de hombres.

En cuanto a Israel declara Dios: “Y yo te planté de buen vidueño, simiente verdadera toda ella: ¿cómo pues te me has tornado sarmientos de vid extraña?” **Jeremías 2: 21**. “Es Israel una frondosa viña, haciendo fruto para sí”. **Oseas 10: 1**. “Ahora pues, vecinos de Jerusalem y varones de Judá, juzgad ahora entre mí y mi viña. ¿Qué más se había de hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que llevase uvas, ha llevado uvas silvestres?”

“Os mostraré pues ahora lo que haré yo a mi viña: quitaréle su vallado, y será para ser consumida; aportillaré su cerca, y será para ser hollada; haré que quede desierta; no será podada ni cavada, y crecerá el cardo y las espinas; y aun a las nubes mandaré que no derramen lluvia sobre ella. Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá planta suya deleitosa. Esperaba juicio, y he aquí vileza; justicia, y he aquí clamor”. **Isaías 5: 3-7**. “No corroborasteis las flacas, ni curasteis la enferma; no ligasteis la perniquebrada, ni tornasteis la amontada, ni buscasteis la perdida; sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia”. **Ezequiel 34: 4**.

Los jefes judíos se consideraban a sí mismos demasiado sabios para necesitar instrucción, demasiado justos para necesitar salvación, demasiado altamente honrados para necesitar el honor que proviene de Cristo. El Salvador se apartó de ellos para confiar a otros los privilegios que ellos habían profanado y la obra que habían descuidado. La gloria de Dios debe ser revelada, su palabra afirmada. El reino de Cristo debe establecerse en el mundo. La salvación de Dios debe darse a conocer en las ciudades del desierto; y los discípulos fueron llamados para realizar la obra que los jefes judíos no habían hecho.

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 12-14**

Como discípulos de Jesús debemos reflejar en nuestras vidas el carácter del Dios al que representamos delante del mundo. Es nuestro deber como iglesia presentar el mensaje de salvación para quienes perecen en la desesperanza por no conocer al Dios que es Vida. La Iglesia, igual que el Israel de la carne, tiene esta elevada misión y el tiempo se agota. La verdad presente, que nos toca proclamar a los que vivimos en este tiempo, el fin del tiempo, debe ser conocida por todos antes que el Señor venga, “y entonces vendrá el fin”.

#### **6.4. El fundamento de la Iglesia**

Las Sagradas Escrituras señalan con meridiana claridad cuál es el fundamento de la iglesia. Aunque las doctrinas, los principios, la Ley de Dios, el mensaje de salvación, son indudablemente importantes para definir la iglesia, estas cosas importantes se resumen en Cristo, el fundamento de la Iglesia.

En su vida pública Jesús se ocupó de la tarea de formar un grupo inicial de seguidores que pudieran enseñar a otros Su mensaje de salvación, después de que Él tuviera que abandonar este mundo, para continuar con la etapa de intercesión en el Santuario Celestial, obra de la que nos hemos ocupado en otros tratados. Jesús además de trasladarles el conocimiento de Dios, el plan de salvación y los objetivos de su naciente iglesia, también les instruyó sobre la administración de la misma, tema sobre el que no me extenderé aquí pues será el objetivo central de un tratado posterior, pues considero que tiene una suficiente amplitud que sugiere también un tratamiento específico.

Desde un primer momento Cristo comenzó a reunir a varios discípulos. En ocasiones se mencionan muchos (**Lucas 6: 17, 19; Juan 6: 60, 66**); sin embargo, eran más que nada un grupo desorganizado de seguidores. De entre ellos, explica Lucas, Jesús escogió a doce, “a quienes llamó también apóstoles” (**Lucas 6: 12, 13**), y los apartó “para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar” (**Marcos 3: 14**). Los acontecimientos siguientes muestran que





los Doce fueron parte de un proceso de instrucción al que Cristo dedicaba cada vez más tiempo.

En su calidad de Mesías prometido, Jesús reunió en torno a él a toda una comunidad. Aun cuando Jesús rehuyó pronunciarse públicamente como el Mesías debido a su rechazo de un mesianismo político y nacionalista, ante algunas personas no dudó en afirmar que ese título le pertenecía (**Mateo 16: 16, 17; Marcos 14: 61, 62; 15: 2; Juan 4: 25, 26**). Un Mesías desprovisto de una comunidad era algo inconcebible en el mundo judío de la época. Los conceptos de discípulo, remanente y mesianismo eran elementos constitutivos de esa nueva comunidad, de un pueblo escogido por Dios. Eran elementos propios, inherentes a la labor del Mesías.

Cristo también impartió a sus seguidores enseñanzas memorables acerca de la vida que se esperaba que vivieran, ilustrada de manera práctica en el Sermón del Monte (**Mateo 5-7**). Este fue un manifiesto cuyas demandas éticas presuponen la existencia de una comunidad. Quienes se le unieran debían estar preparados para hacer los mismos sacrificios que su Maestro: debían cargar su cruz (**Mateo 16: 24**) y desarrollar valores totalmente nuevos, según los cuales perder la vida por Jesús tendría más valor que las ganancias mundanales (**Marcos 8: 34-36**).

Los evangelios también señalan que las personas a quienes Jesús llamó fueron enviadas en más de una misión. El hecho de que los Doce (**Marcos 3: 13-15**), y después los 70 (**Lucas 10: 1, 7-20**), fueran enviados en un recorrido no fue obra de la casualidad; era parte de un propósito deliberado del Maestro. Habían sido llamados con esta tarea en mente (**Marcos 6: 7-13; Lucas 10: 1, 17-20**). Ellos, por su parte, debían rogar "al Señor de la mies que envíe obreros a su mies" (**Lucas 10: 2**). El ministerio de Cristo estaba orientado a la formación de una comunidad específica.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 608**

Un pasaje de las Sagradas Escrituras que ha confundido a muchos y que ha sido usado por la iglesia popular para sostener el derecho de los papas a ser considerados, cada uno de ellos, como cabeza de la iglesia y vicario del Hijo de Dios en la tierra, es el que siguió a una pregunta directa de Jesús a sus discípulos sobre quién consideraban que Él era. Junto con las respuestas que era alguno de los grandes profetas, la respuesta de Pedro fue la única que Jesús destacó como verdadera; además de indicar que él la había expresado bajo inspiración divina.

Respondiendo Simón Pedro, dijo: tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.

**Mateo 16: 16-18**

La iglesia católica sostiene que esta declaración de Jesús convierte a Pedro como la piedra sobre la cual se ha de edificar la iglesia, y supone, sin soporte escriturístico, que los papas, por lo tanto, son herederos de esta supuesta posición de Pedro en la estructura de la iglesia. Sostienen, siempre sin apoyo de la Santa Biblia, que hay un acuerdo "unánime de los Padres" (refiriéndonos aquí a los llamados Padres de la Iglesia) en que así debe entenderse este versículo. Sin embargo, hablando sobre este célebre pasaje (texto clave usado por la Iglesia católica para sustentar la sucesión apostólica de los papas) Jean de Launoy (1603-1678 DC), un erudito católico dice lo siguiente:

Sólo diecisiete Padres sostienen la interpretación oficial de la Iglesia de Roma, o sea que Pedro es la roca (véase Sesión III del Concilio de Trento). Más de la mitad de las opiniones patrísticas examinadas, o sea cuarenta y cuatro Padres, sostienen que la roca es la fe que Pedro confiesa. Dieciséis de los Padres opinan que Cristo es la misma Roca. Y, en fin, solo ocho Padres sostienen que la roca sobre la cual se levanta el edificio de la Iglesia son los apóstoles.

**Miguel Valbuena, La Iglesia Católica ante la Biblia y la Historia, 43**

Otro autor jesuita, el Padre Maldonado abunda sobre esta confusión de opiniones (cualquier cosa menos unánime) y no parece aclarar más que los anteriores autores, y añade alguna que otra opción, que tampoco posee soporte en la Palabra de Dios.

Entre los autores antiguos hay algunos que interpretan "sobre esta piedra" como "sobre esta fe" o "sobre esta confesión de fe, en la cual me has llamado Hijo del Dios viviente". Tales son Hilario..., Gregorio Nacienceno..., Crisóstomo... y Cirilo de Alejandría. San Agustín, yendo aún más lejos del verdadero sentido, lo interpreta como "sobre esta piedra", es decir "sobre mí mismo, Cristo", porque Cristo era la piedra. Pero Orígenes dice, "sobre esta piedra" o sea "sobre todos los hombres que tienen la misma fe".

**Miguel Valbuena, La Iglesia Católica ante la Biblia y la Historia, 43, 44**

Es evidente que el uso de esta interpretación tiene el deseo de justificar que la iglesia romana considere al papa como cabeza de la iglesia y vicario de Cristo en la tierra, y que en base a eso le otorgue derechos como si se tratase de un monarca de la iglesia, al que ahora, además, desde un siglo y medio



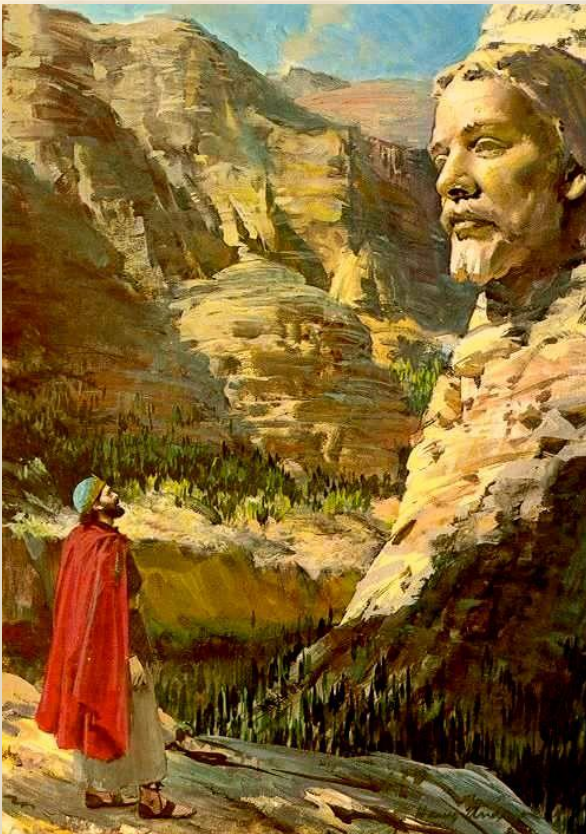
atrás, se le considera infalible. No hay nada en la Escritura que puede sostener esta pretensión para ningún hombre, menos si consideramos la discutible catadura moral que algunos de ellos (estoy siendo generoso al no ser más específico) mostraron en su vida pública y privada.

Jesús dijo a Pedro, sobre la base de la declaración de fe del apóstol de que Jesús era “el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (**Mateo 16: 16**): “Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (versículo 18). La forma personal utilizada es prominente en el texto original: “Sobre esta roca edificaré mi iglesia”. Esto nos indica que Jesús tenía la definida intención de crear una comunidad permanente a la que “las puertas de la muerte” no podrían afectar. Esta seguridad era de suma importancia ante la inminencia de la muerte de Jesús. Es como si hubiera dicho: “Pronto voy a morir (cf. versículo 21), pero resucitaré y me dispondré a construir mi iglesia, y estaré con ella hasta mi regreso”.

El significado de la “roca” a la que hizo referencia Jesús cuando dijo: “Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia” (versículo 18), también es vital para comprender correctamente el significado del concepto iglesia. Algunos han alegado, interpretando el juego de palabras en arameo, que “Pedro” y “roca” se refieren a lo mismo y que Pedro es la roca sobre la que se construiría la iglesia. Afirman adicionalmente que el papel que el Señor le concedió al apóstol fue permanente y que sería transmitido a sus sucesores. Sin embargo, el pasaje no sugiere esto en parte alguna. Basado en la relación posterior con Pedro, ninguno de los discípulos que escucharon a Jesús pronunciar estas palabras lo entendió así. Para ellos Cristo era el fundamento de la “casa de Dios” (**1 Corintios 3: 11**) y su “piedra angular” (**Efesios 2: 20-22; 1 Pedro 2: 4-8**). La expresión está más en armonía con las enseñanzas de las Escrituras que interpretan dicha declaración como que Jesús el Cristo, el Hijo de Dios, es el fundamento sobre el que se edificaría la iglesia.

En resumen, no hay bases para sostener que Jesús no esperaba que una comunidad de sus discípulos pudiera existir después de su partida. Él enfocó sus declaraciones y enseñanzas en la formación de una entidad real y visible.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 609**



Es evidente, mediante un sencillo estudio de las Sagradas Escrituras saber que Jesús hablaba de sí mismo como la Roca sobre la que se edificaría la iglesia, y no sobre un canto rodado como correspondía a Pedro o sobre cualquier otro hombre, sin importar cuán preparado o espiritual pudiera ser. Es una obra que excede a las capacidades de cualquier ser humano.

Jesús continuó: “Mas yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”. La palabra Pedro significa piedra, canto rodado. Pedro no era la roca sobre la cual se fundaría la iglesia. Las puertas del infierno prevalecieron contra él cuando negó a su Señor con imprecaciones y juramentos. La iglesia fué edificada sobre Aquel contra quien las puertas del infierno no podían prevalecer.

Siglos antes del advenimiento del Salvador, Moisés había señalado la roca de la salvación de Israel. El salmista había cantado acerca de “la roca de mi fortaleza”. Isaías había escrito: “Por tanto, el Señor Jehová dice así: He aquí que yo fundo en Sión una piedra, piedra de fortaleza, de esquina, de precio, de cimiento estable”. Pedro mismo, escribiendo por inspiración, aplica esta profecía a Jesús. Dice: “Si habéis gustado y probado que es bueno el Señor. Allegándoos a él, como a piedra viva, rechazada en verdad de los hombres, mas para con Dios escogida y preciosa, vosotros también, como

piedras vivas, sois edificados en un templo espiritual”.

“Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo”. “Sobre esta piedra—dijo Jesús,—edificaré mi iglesia”. En la presencia de Dios y de todos los seres



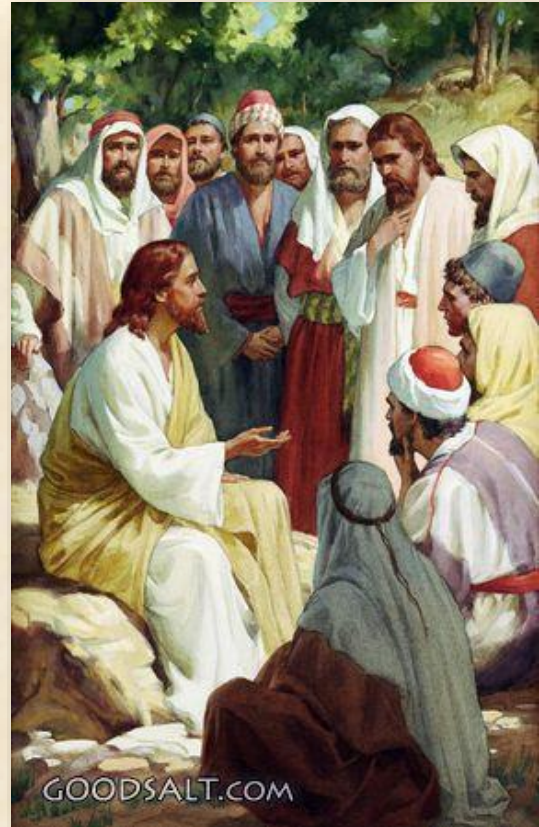
celestiales, en la presencia del invisible ejército del infierno, Cristo fundó su iglesia sobre la Roca viva. Esa Roca es él mismo—su propio cuerpo quebrantado y herido por nosotros. Contra la iglesia edificada sobre ese fundamento, no prevalecerán las puertas del infierno.

Cuán débil parecía la iglesia cuando Cristo pronunció estas palabras. Se componía apenas de un puñado de creyentes contra quienes se dirigía todo el poder de los demonios y de los hombres malos; sin embargo, los discípulos de Cristo no debían temer. Edificados sobre la Roca de su fortaleza, no podían ser derribados.

Durante seis mil años, la fe ha edificado sobre Cristo. Durante seis mil años, las tempestades y los embates de la ira satánica han azotado la Roca de nuestra salvación; pero ella sigue inmovible.

Pedro había expresado la verdad que es el fundamento de la fe de la iglesia, y Jesús le honró como representante de todo el cuerpo de los creyentes. Dijo: **“A ti daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares en la tierra será ligado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos”**.

**“Las llaves del reino de los cielos”** son las palabras de Cristo. Todas las palabras de la Santa Escritura son suyas y están incluidas en esa frase. Esas palabras tienen poder para abrir y cerrar el cielo. Declaran las condiciones bajo las cuales los hombres son recibidos o rechazados. Así la obra de aquellos que predicán la Palabra de Dios tiene sabor de vida para vida o de muerte para muerte. La suya es una misión cargada de resultados eternos.



El Salvador no confió la obra del Evangelio a Pedro individualmente. En una ocasión ulterior, repitiendo las palabras que fueron dichas a Pedro, las aplicó directamente a la iglesia. Y lo mismo fué dicho en substancia también a los doce como representantes del cuerpo de creyentes. Si Jesús hubiese delegado en uno de los discípulos alguna autoridad especial sobre los demás, no los encontraríamos conteniendo con tanta frecuencia acerca de quién sería el mayor. Se habrían sometido al deseo de su Maestro y habrían honrado a aquel a quien él hubiese elegido.

En vez de nombrar a uno como su cabeza, Cristo dijo de los discípulos: **“No queráis ser llamados Rabbí”; “ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo”**.

**“Cristo es la cabeza de todo varón”**. Dios, quien puso todas las cosas bajo los pies del Salvador, **“diólo por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que hinche todas las cosas en todos”**. La iglesia está edificada sobre Cristo como su fundamento; ha de obedecer a Cristo como su cabeza. No debe depender del hombre, ni ser regida por el hombre. Muchos sostienen que una posición de confianza en la iglesia les da autoridad para dictar lo que otros hombres deben creer y hacer. Dios no sanciona esta pretensión. El Salvador declara: **“Todos vosotros sois hermanos”**. Todos están expuestos a la tentación y pueden errar. No podemos depender de ningún ser finito para ser guiados. La Roca de la fe es la presencia viva de Cristo en la iglesia. De ella puede depender el más débil, y los que se creen los más fuertes resultarán los más débiles, a menos que hagan de Cristo su eficiencia. **“Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo”**. El Señor **“es la Roca, cuya obra es perfecta”**. **“Bienaventurados todos los que en él confían”**.

**Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 381-383**

En cambio, como menciona el profeta Isaías Cristo es la Roca que Dios ha **“puesto en Sion por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure”**. La iglesia, por lo tanto, no está fundamentada en la debilidad de un hombre, que en un momento de su vida traicionó a su Maestro, que blasfemó ante el temor de ser tomado preso, o que trató de congraciarse frente a los que pretendían judaizar las normas de la iglesia. Pedro, tan grande como apóstol





era también un hombre sujeto a sus propias debilidades, a quién el Señor luego del pronunciamiento de Jesús, fue llamado Satanás por el propio Salvador o fue reprendido por sus celos con Juan. No, la Iglesia está fundamentada en Cristo, el Unigénito Hijo de Dios, en el Todopoderoso Jehová de los ejércitos, en el gran Yo Soy, el Autor de la vida, cuyo poder no tiene límites y que puede prometer que **“las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”**.

por tanto, Jehová el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sion por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure.

**Isaías 28: 16**

Lucas reconoce en Cristo **“piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo”** y no tiene dudas que es el verdadero y firme fundamento de la Iglesia, que en ese momento estaba en reconstrucción.

Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo.

**Hechos 4: 11**

El mismo Pedro, a quien se le atribuye ser el fundamento, desmiente esto al señalar a Jesús como esa **“piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa”** sobre la cual nosotros, los miembros de iglesia **“como piedras vivas”** podemos ser **“edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo”**. Tiene perfecta lógica ser edificados sobre la Roca de los siglos y no sobre las debilidades de un gran apóstol, pero que solamente es un hombre con debilidades semejantes a las nuestras, y sometido además a las limitaciones de la humanidad.

Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual también contiene la Escritura: he aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será avergonzado. Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, la piedra que los edificadores desecharon, ha venido a ser la cabeza del ángulo; y: piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados.

**1 Pedro 2: 4-8**

Pablo se suma a este análisis señalando que es un asunto que nadie puede cambiar, pues afirma que **“nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo”**. Es interesante que el apóstol de los gentiles señala que este fundamento ya **“está puesto”**, evidentemente por Dios mismo, y no habría poder en este universo que cambiase esto. Por lo tanto, no está sujeto a voluntad humana, ni personal ni comunitaria, cambiar el fundamento que Dios ha puesto. Por lo tanto, la representación de Cristo en el mundo es la iglesia organizada y no un hombre en particular.

Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.

**1 Corintios 3: 11**

La iglesia es **“un canal de luz, y por su medio [Dios] comunica sus propósitos y su voluntad”** (Ellen G. White, **Los Hechos de los Apóstoles, 134**). **“En este mundo no hay ninguna cosa que sea tan cara para Dios como su iglesia”** ((Ellen G. White, **Mensajes Selectos, Tomo 2, 458**), que **“después de la partida de Cristo había de ser su representante en la Tierra”** ((Ellen G. White, **El Deseado de Todas las Gentes, 258**).

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 649**

Jesús al fundar su Iglesia, oró por ella, y la organizó para cumplir la misión **“para la salvación del mundo”**. No se le podía haber dado una mayor y más grata responsabilidad al pueblo de Dios. Podían ser los voceros del Mártir del Gólgota, que con su muerte nos dio la posibilidad de tener vida eterna. La iglesia puede además testificar con las vidas de sus miembros que es posible vivir como el Maestro nos ha enseñado y ser felices en esta vida y en la venidera.

Estaba por darse el primer paso en la organización de la iglesia, que después de la partida de Cristo había de ser su representante en la tierra. No tenía ningún santuario costoso a su disposición, pero el Salvador condujo a sus discípulos al lugar de retraimiento que él amaba, y en la mente de ellos los sagrados incidentes de aquel día quedaron para siempre vinculados con la belleza de la montaña, del valle y del mar.

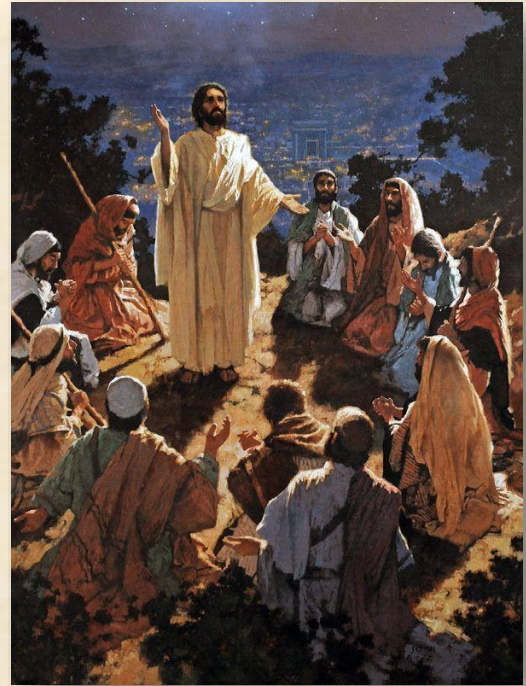
Jesús había llamado a sus discípulos para enviarlos como testigos suyos, para que declararan al mundo lo que habían visto y oído de él. Su cargo era el más importante al cual hubiesen sido llamados alguna vez los seres humanos, y únicamente el de Cristo lo superaba. Habían de ser



colaboradores con Dios para la salvación del mundo. Como en el Antiguo Testamento los doce patriarcas se destacan como representantes de Israel, así los doce apóstoles habían de destacarse como representantes de la iglesia evangélica.

El Salvador conocía el carácter de los hombres a quienes había elegido; todas sus debilidades y errores estaban abiertos delante de él; conocía los peligros que tendrían que arrostrar, la responsabilidad que recaería sobre ellos; y su corazón amaba tiernamente a estos elegidos. A solas sobre una montaña, cerca del mar de Galilea, pasó toda la noche en oración por ellos, mientras ellos dormían al pie de la montaña. Al amanecer, los llamó a sí porque tenía algo importante que comunicarles.

Estos discípulos habían estado durante algún tiempo asociados con Jesús en su labor activa. Juan y Santiago, Andrés y Pedro, con Felipe, Natanael y Mateo, habían estado más íntimamente relacionados con él que los demás, y habían presenciado mayor número de sus milagros. Pedro, Santiago y Juan tenían una relación más estrecha con él. Estaban casi constantemente con él, presenciando sus milagros y oyendo sus palabras. Juan había penetrado en una intimidad aun mayor con Jesús, de tal manera que se le distingue como aquel a quien Jesús amaba. El Salvador los amaba a todos, pero Juan era el espíritu más receptivo. Era más joven que los demás, y con mayor confianza infantil abría su corazón a Jesús. Así llegó a simpatizar más con el Salvador, y por su medio fueron comunicadas a su pueblo las enseñanzas espirituales más profundas del Salvador.



**Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 258, 259**

## 6.5. Unidad en el Espíritu

Además del fundamento de la Iglesia en Cristo Jesús, el pueblo de Dios debe “guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”. El Espíritu Santo debe constituirse en el conductor de la Iglesia, que debe buscar en la iluminación del Santo Espíritu de Dios la sabiduría que necesita para hacer avanzar la obra. Pero al mismo tiempo, al ser conducido por el Santo Espíritu debería ser capaz de mantener la unidad: “un Señor, una fe, un bautismo”.

solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo,

**Efesios 4: 3-5**

Como parte de la obra del Espíritu Santo en la Iglesia, surgen los dones espirituales reflejados en la vida de los miembros de la congregación. Dios constituye en la iglesia a “unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros” pero con un propósito común: “perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”. Como Dios ama a la Iglesia, provee para ella a personas que utilizando sus dones puedan sostener el esfuerzo de sus hermanos, mientras predicán el mensaje y cuidan de los huérfanos y las viudas.

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo,

**Efesios 4: 11, 12**

La ausencia de la palabra “iglesia” en los evangelios, con excepción de **Mateo 16: 18 y 18: 17**, hasta cierto punto se explica ante la presencia de otros vocablos que tienen la intención de describir al nuevo pueblo de Dios. Esta intención se refleja en las enseñanzas de Jesús sobre su “rebaño” y la “vid verdadera”. El tema de “la oveja y el rebaño” es prominente tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento (**Salmos 23; 80: 1; Lucas 12: 32; Juan 10; 21: 15-18; cf. Mateo 26: 31**). Aunque “rebaño” e “iglesia” son conceptos bastante distintos en la historia y en el



uso bíblico, describen al mismo pueblo de Dios. Cuando el Señor pidió que lo siguieran todos los que quisieran recibir vida de él (cf. **Mateo 4: 19; 8: 22; Marcos 2: 14; 8: 34; Lucas 5: 27; 18: 22; Juan 1: 43; 21: 22**), los llamó no sólo a sí mismo, sino a una relación más estrecha que la sostenida por una familia natural. Esa nueva familia no se distingue por los vínculos carnales, sino por hacer la voluntad de Dios (**Marcos 3: 33-35**).

Durante su ministerio Jesús se rodeó de una comunidad. La evidencia que apoya la idea de comunidad no permite dudar que Jesús hablaba acerca de la iglesia, tal como se lee en **Mateo 16 y 18**. La autenticidad de sus declaraciones, especialmente la primera (“edificaré mi iglesia”), ha sido cuestionada, aunque apoyada en una mínima evidencia textual. Este cuestionamiento se apoya en presuposiciones arbitrarias respecto a la redacción de este Evangelio en particular. No existen razones conclusivas para negar la autenticidad de las declaraciones de Jesús acerca de la iglesia, aunque podrían referirse a un concepto más amplio que la misma organización y estructura que se desarrolló posteriormente en el cristianismo primitivo.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 608, 609**

La narración del Nuevo Testamento presenta por ejemplo la tarea cumplida por la iglesia primitiva. La cita siguiente es el resultado de la obra que se inició con el Pentecostés y menciona que “el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”; mostrando una de las razones de la existencia de la iglesia que es incorporar a las almas que aceptan la salvación. Pero también es notorio señalar que este verso indica que la iglesia era aceptada por la comunidad que la rodeaba pues se menciona que tenía el “favor con todo el pueblo”, lo que indica que la iglesia era percibida positivamente por la comunidad que la rodeaba, por el testimonio individual de los miembros y por sus contribución a hacer una mejor comunidad, probablemente en la atención a las viudas y los huérfanos, entre otras buenas acciones.

alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.

**Hechos 2: 47**

El ingreso a la iglesia es a través del santo bautismo, del que hemos conversado en el tratado precedente, que sabemos que representa el nacimiento a la vida nueva y que es el rito que demuestra el compromiso del catecúmeno, lo que le da acceso al Cuerpo de Cristo. Note que el bautismo, según lo menciona el pasaje siguiente, es también una consecuencia de haber aceptado “su palabra” lo que descarta el bautismo de infantes. La decisión de aceptar al Señor requiere entender el plan de salvación, interiorizar la doctrina cristiana y el compromiso de testificar a través de la vida personal, profesional, familiar, pública y privada. Todo esto implica una madurez que no es posible hallar en un infante.

Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas.

**Hechos 2: 41**

El veloz crecimiento de la iglesia era inevitable que produjera algunos problemas administrativos iniciales, en especial en tareas relacionadas con la atención a los miembros más débiles. La iglesia debía ir estableciendo una organización que permitiera atender los aspectos rutinarios y económicos, sin distraer la atención de quienes debían trabajar evangelizando a los que debían ser alcanzados con el mensaje. Todo esto en paralelo con la preparación doctrinal de los fieles, así como aconsejar a los más nuevos en la fe hasta que se consolidasen en la verdad, y que todo esto contribuyera a la unidad de la iglesia, así como a su futuro desarrollo. Fue necesario entonces que la iglesia se organizara, con cada vez mayor detalle y especificidad, cosa que trataremos con amplitud en un estudio posterior.

En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria. Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: no es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas.

**Hechos 6: 1, 2**

Aunque la cita siguiente Jesús está hablando del rito de humildad que acababa de enseñar a los discípulos, el ejemplo de Jesús debe ser estudiado para identificar cómo debemos relacionarnos entre nosotros para fortalecer la unidad de la Iglesia. Jesús es el perfecto ejemplo de liderazgo y servicio y quienes trabajamos para el desarrollo de la iglesia, debemos seguir sus pasos. Además, la muerte de Cristo, el evento que marca la historia es un motivo de unidad de quienes le han aceptado como su Salvador.

Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.

**Juan 13: 15**

¿Será la unidad algo que necesita ser generado por las iglesias a través de esfuerzos incansables para lograr una reconciliación desde un punto de vista práctico? Desde luego que las iglesias tienen que esforzarse por lograr la unidad hasta cierto punto, pero se debe tomar en cuenta



que la unidad de la iglesia es también un don, como muchas otras bendiciones espirituales que Dios le concede a su pueblo. El concepto de la unidad no es una creación humana generada mediante esfuerzos personales, buenas obras y grandes ideales; aunque todo eso es necesario. De hecho, Jesucristo crea la unidad a través de su muerte y resurrección. Entramos en unión con Él y con los demás mediante la fe, al apropiarnos de su muerte y resurrección a través del bautismo y el perdón de los pecados. La unidad de la iglesia es ante todo una condición espiritual que se recibe a través de la fe en Cristo.

Dos pasajes clave del Nuevo Testamento reafirman este concepto de unidad a través de la muerte de Cristo. Los miembros del sanedrín de Jerusalén, al hacer planes para dar muerte a Jesús,



escucharon a Caifás decir proféticamente que era mejor que un hombre, Jesús, muriera con el fin de evitar la persecución del pueblo judío a manos de los temidos romanos. El apóstol Juan hace una observación al respecto: “Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos” (**Juan 11: 51, 52**). El evangelista discernió en el pronunciamiento del sumo sacerdote un significado más profundo, incluso desconocido para el mismo Caifás que enunció una importante verdad divina relacionada con la naturaleza de la muerte de Cristo en la cruz. Mientras que Caifás habla en un sentido “puramente político”, Juan invita a sus lectores a pensar en términos del Cordero de Dios “que quita el pecado del mundo”. La muerte de Jesús anticipa la reunión de las naciones y su unidad en él (**Juan 10: 14-16**). Asimismo, Pablo habla en la Epístola a los Efesios “de reunir todas las cosas en Cristo, en el cumplimiento de los tiempos establecidos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra” (**Efesios 1: 10**).

Una idea clave en estos dos pasajes, tanto de Juan como de Pablo, es el impacto de la muerte de Cristo en la unidad de aquellos que la aceptan. Está claro que esa unidad es forjada por la muerte de Jesús y por una fe común en su redención. Además, los cristianos también experimentan esa unidad en Cristo a través del bautismo. “Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (**Gálatas 3: 26, 27**). El bautismo es otro vínculo que simboliza la fe en Cristo. Todos los

creyentes nacidos de nuevo y bautizados comparten una relación común en él. Este vínculo es la base de la unidad. Los cristianos tienen un Padre común, todos son hijos e hijas de Dios, y tienen un Salvador común en cuya muerte y resurrección han sido bautizados (**Romanos 6: 3, 4**). Este concepto bíblico es crucial y fundamental para toda unidad y testimonio visibles.

**Denis Fortin, Unidos en Cristo, 88, 89**

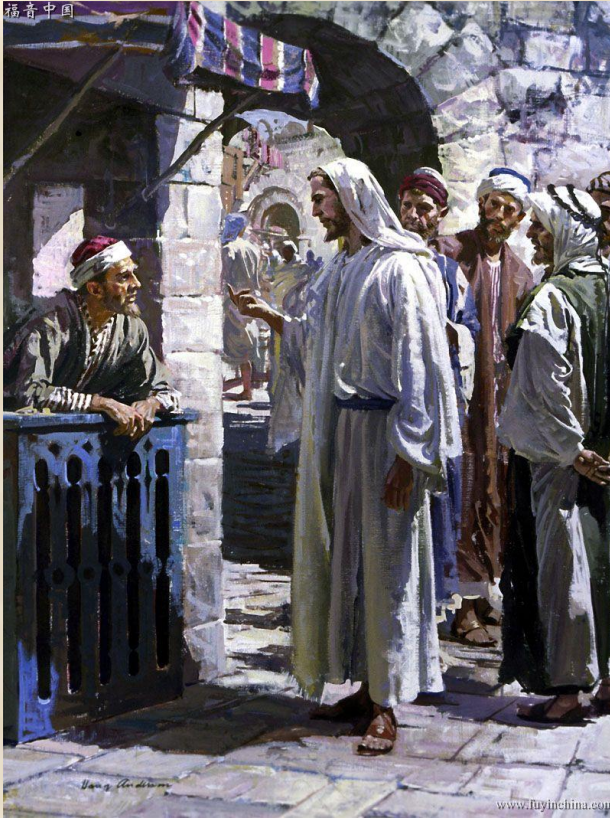
Imagino que debe haber sido un privilegio increíble para los apóstoles ser instruidos por Jesús. Con alegría me cambiaría con cualquiera de ellos, aun sabiendo que tuvieron que sufrir la violencia de sus enemigos y morir martirizados. Estos hombres fueron preparados por Jesús no porque tuvieran destacadas cualidades antes (en realidad el más capacitado de los doce era Judas...) sino porque tuvieron la actitud adecuada (y la fueron desarrollando) de escuchar y aceptar la verdad. La transformación de los “hijos del trueno”, como Jesús mismo llamó a Juan y su hermano Santiago, del impulsivo Pedro o del seguramente violento zelote (en realidad podríamos nombrar a todos, con debilidades igual que nosotros), debe ser un aliciente para los que arrastramos nuestros defectos de carácter y deseamos que el Espíritu Santo nos transforme en engranajes útiles en la maquinaria que debe hacer andar a la iglesia.

Todos los discípulos tenían graves defectos cuando Jesús los llamó a su servicio. Aun Juan, quien vino a estar más íntimamente asociado con el manso y humilde Jesús, no era por naturaleza manso y sumiso. Él y su hermano eran llamados “hijos del trueno”. Aun mientras andaba con Jesús, cualquier desprecio hecho a éste despertaba su indignación y espíritu combativo. En el discípulo amado, había mal genio, espíritu vengativo y de crítica. Era orgulloso y ambicionaba ocupar el primer puesto en el reino de Dios. Pero día tras día, en contraste con su propio espíritu violento, contempló



la ternura y tolerancia de Jesús, y fue oyendo sus lecciones de humildad y paciencia. Abrió su corazón a la influencia divina y llegó a ser no solamente oidor sino hacedor de las obras del Salvador. Ocultó su personalidad en Cristo y aprendió a llevar el yugo y la carga de Cristo.

Jesús reprendía a sus discípulos. Los amonestaba y precavía; pero Juan y sus hermanos no le abandonaron; prefirieron quedar con Jesús a pesar de las reprensiones. El Salvador no se apartó de ellos por causa de sus debilidades y errores. Ellos continuaron compartiendo hasta el fin sus pruebas y aprendiendo las lecciones de su vida. Contemplando a Cristo, llegó a transformarse su carácter.



En sus hábitos y temperamento, los apóstoles diferían grandemente. Entre ellos se contaba el publicano Leví Mateo y el celote Simón, el intransigente enemigo de la autoridad de Roma; el generoso e impulsivo Pedro, y el ruin Judas; Tomás el fiel, aunque tímido y miedoso; Felipe, lento de corazón e inclinado a la duda, y los ambiciosos y jactanciosos hijos de Zebedeo, con sus hermanos. Estos fueron reunidos, con sus diferentes defectos, todos con tendencias al mal, heredadas y cultivadas; pero en Cristo y por su medio habían de habitar en la familia de Dios, aprendiendo a ser uno en fe, doctrina y espíritu. Iban a tener sus pruebas, sus agravios, sus diferencias de opinión; pero mientras Cristo habitase en el corazón de ellos, no habría disensión. Su amor los induciría a amarse unos a otros; las lecciones del Maestro harían armonizar todas las diferencias, poniendo a los discípulos en unidad hasta hacerlos de una mente y un mismo criterio. Cristo es el gran centro, y ellos se acercarían el uno al otro en la proporción en que se acercasen al centro.

Quando Jesús hubo dado su instrucción a los discípulos congregó al pequeño grupo en derredor suyo, y arrodillándose en medio de ellos y poniendo sus manos sobre sus cabezas, ofreció una oración para dedicarlos a su obra sagrada. Así fueron ordenados al ministerio evangélico los discípulos del Señor.

Como representantes suyos entre los hombres, Cristo no elige ángeles que nunca cayeron, sino a seres humanos, hombres de pasiones iguales a las de aquellos a quienes tratan de salvar. Cristo mismo se revistió de la humanidad, para poder alcanzar a la humanidad. La divinidad necesitaba de la humanidad; porque se requería tanto lo divino como lo humano para traer la salvación al mundo. La divinidad necesitaba de la humanidad, para que ésta pudiese proporcionarle un medio de comunicación entre Dios y el hombre. Así sucede con los siervos y mensajeros de Cristo. El hombre necesita un poder exterior a sí mismo para restaurarle a la semejanza de Dios y habilitarle para hacer la obra de Dios; pero esto no hace que no sea esencial el agente humano. La humanidad hace suyo el poder divino, Cristo mora en el corazón por la fe; y mediante la cooperación con lo divino el poder del hombre se hace eficiente para el bien.

El que llamó a los pescadores de Galilea está llamando todavía a los hombres a su servicio. Y está tan dispuesto a manifestar su poder por medio de nosotros como por los primeros discípulos. Por imperfectos y pecaminosos que seamos, el Señor nos ofrece asociarnos consigo, para que seamos aprendices de Cristo. Nos invita a ponernos bajo la instrucción divina para que unidos con Cristo podamos realizar las obras de Dios.

**“Tenemos empero este tesoro en vasos de barro, para que la alteza del poder sea de Dios, y no de nosotros”.** Esta es la razón por la cual la predicación del Evangelio fué confiada a hombres sujetos a error más bien que a los ángeles. Es manifiesto que el poder que obra por la debilidad de la humanidad es el poder de Dios; y así se nos anima a creer que el poder que puede ayudar a otros tan débiles como nosotros, puede ayudarnos a nosotros también. Y los que están sujetos a flaquezas deben poder compadecerse **“de los ignorantes y extraviados”.** Habiendo estado en peligro ellos mismos, conocen los riesgos y dificultades del camino, y por esta razón son llamados a buscar a los



demás que están en igual peligro. Hay almas afligidas por la duda, cargadas de flaquezas, débiles en la fe e incapacitadas para comprender al Invisible; pero un amigo a quien pueden creer, que viene a ellos en lugar de Cristo, puede ser el vínculo que corrobore su temblorosa fe en Cristo.

Hemos de colaborar con los ángeles celestiales para presentar a Jesús al mundo. Con avidez casi impaciente, los ángeles aguardan nuestra cooperación; porque el hombre debe ser el medio de comunicación con el hombre. Y cuando nos entregamos a Cristo en una consagración de todo el corazón, los ángeles se regocijan de poder hablar por nuestras voces para revelar el amor de Dios.

**Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 262-264**

La unidad, que venimos tratando, implica también el concierto desde el punto de visto doctrinal. Vivimos en un mundo donde existen unos 2 billones de cristianos, poco más de la cuarta parte de la población. Sin embargo, las diferencias doctrinales dentro del cristianismo son abismales, tanto entre el catolicismo y protestantismo como dentro de este último. Si hay una iglesia que es la verdadera, la iglesia que Cristo fundó, las demás no pueden serlo. Fíjese que no hablo de los miembros sino del contenido doctrinal. Soy consciente de que hay verdaderos hombres de Dios en las diversas confesiones cristianas, y las que no lo son. Pero no pueden estar correctos los que piensan que el hombre cuando muere sigue viviendo, es decir su alma es inmortal, que aquellos que pensamos que el alma (un ser descarnado, como lo señala el catolicismo, por ejemplo), no existe.

Dios le ha pedido a esta iglesia que entienda que **"ninguna mentira procede de la verdad"**. Parece un verdad de Perogrullo, innecesaria de ser pronunciada pues la verdad no puede contener la mentira. Pero si el apóstol se molestó en incluirla para nosotros es para que se entienda el celo que debemos tener en saber qué es verdad y qué no lo es. No se pueden hacer concesiones en la doctrina, como se demanda por el impulsores del ecumenismo, sin temor de perder nuestras almas.

**No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad.**

**1 Juan 2: 21**

Satanás tiene una gran confederación, su iglesia. Cristo la llama la sinagoga de Satanás, porque sus miembros son los hijos del pecado. Los miembros de la iglesia de Satanás han estado constantemente trabajando para desechar la ley divina y confundir la distinción entre el bien y el mal. Satanás está trabajando con gran poder en los hijos de desobediencia y por medio de ellos para exaltar la tradición y la apostasía como verdad y lealtad. Y en este tiempo el poder de su inspiración satánica está moviendo a los instrumentos vivientes para llevar a efecto la gran rebelión contra Dios, que comenzó en el cielo.

**Ellen G. White, La iglesia Remanente, 13**

No hay forma más fácil de apagar una fogata que separando los carbones aún calientes, que pronto se enfriarán y no habrá viento que los avive. Necesitamos, como cristianos, estar unidos unos a otros para transferirnos nuestro calor espiritual, para que los más calientes nos ayuden a los que estamos vacilando. Por eso la iglesia debe reunirse, mantenerse próximos unos a otros. Aunque ahora estamos en tiempo de pandemia y nuestros templos están cerrados, las conexiones por medios digitales pueden suplir en parte esta necesidad. Siempre nuestras reuniones estarán marcadas por la calidad de nuestros principios, que se reflejarán en una doxología respetuosa y ordenada a vista de propios y extraños. Podemos también estar unidos a través de la oración con la Fuente de poder, para continuar con la tarea encomendada.

**no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.**

**Hebreos 10: 25**

La iglesia es propiedad de Dios, y el Señor la recuerda constantemente mientras está en el mundo, sujeta a las tentaciones de Satanás. Cristo nunca ha olvidado los días de su condescendencia. Al abandonar el escenario de su humillación, Jesús no perdió nada de su humanidad. Conserva el mismo amor tierno y piadoso, y siempre lo conmueve la angustia humana. Siempre tiene en cuenta que él fue un Varón de dolores, experimentado en quebrantos. No olvida a su pueblo que lo representa, que está luchando para exaltar su ley pisoteada. Sabe que el mundo que lo odió a él, odia también a su pueblo. Aun cuando Cristo Jesús ha pasado a los cielos, allí continúa siendo una cadena viviente que une a sus creyentes con su propio corazón de amor infinito. Los más humildes y débiles están unidos íntimamente a su corazón por una cadena de simpatía. Nunca olvida que él es nuestro representante, y que lleva nuestra naturaleza.

Jesús ve a su verdadera iglesia en la tierra, cuya mayor ambición consiste en cooperar con Él en la grandiosa obra de salvar almas. Oye sus oraciones presentadas con contrición y poder, y la Omnipotencia no puede resistir sus ruegos por la salvación de cualquier miembro probado y tentado del cuerpo de Cristo. **"Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda**



compadecerse de nuestras debilidades; sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro". Jesús vive siempre para interceder por nosotros. Por medio de nuestro Redentor, ¿qué bendiciones no recibirá el verdadero creyente? La iglesia, que está por entrar en su más severo conflicto, será, para Dios, el objeto más querido en la tierra. La confederación del mal será impulsada por un poder de abajo, y Satanás arrojará todo vituperio posible sobre los escogidos, a quienes no puede engañar y alucinar con sus invenciones y falsedades satánicas. Pero exaltado "por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados", Cristo, nuestro representante y nuestra cabeza, ¿cerrará su corazón, o retirará su mano, o dejará de cumplir su promesa? No; nunca, nunca.

**Ellen G. White, La iglesia Remanente, 19-21**

pero hágase todo decentemente y con orden.

**1 Corintios 14: 40**

## 6.6. Iglesia Remanente

En muchas oportunidades he debido presentar delante de personas interesadas en las Sagradas Escrituras el tema sobre cómo identificar a la iglesia verdadera, la iglesia que Cristo fundó. A muchas personas les ocurre lo que a mí me pasó también hace muchos años, un poco más de 45 años atrás. Me preguntaba cuál de todas las denominaciones religiosas cristianas que conocía, con tan variadas doctrinas debía ser aquella. Aunque había dedicado un tiempo ya a pasearme por varias iglesias, y hasta visitar una sociedad ocultista (no me siento orgulloso de mencionarlo, por si acaso) seguía sin tener la certeza que estaba buscando de la forma correcta.

Supuse entonces que la solución a esta dificultad no debía radicar en mi habilidad para investigar la teología de cada una de ellas, sino que Dios debía haber dejado en la Santa Biblia suficiente información para que quien quisiera hallarla la encuentre y tenga seguridad del hallazgo. Este estudio estuvo aparejado a una invitación que recibí de una amiga que conocía mis propósitos de búsqueda de la verdad. Cuando llegué el primer sábado a la Iglesia Adventista del Séptimo Día (llegué un tiempo antes al templo, como regularmente hago) y me senté en una banca antes que la iglesia se llenase y antes que llegara la persona que amablemente me había invitado. Me habían recibido con sonrisas en la puerta y me condujeron hasta el lugar donde me senté. Unos segundos después mientras observaba el templo una voz resonó dentro de mí: "esto es lo que tú estabas buscando". Con el tiempo me di cuenta que esa voz, a la que otorgo procedencia divina, tenía razón. El estudio de las características singulares de la iglesia me convenció que en verdad había hallado lo que buscaba. Las señales se encuentran fundamentalmente en el último libro de la Biblia, uno que antaño me parecía oscuro y hoy encuentro plenamente luminoso. Había encontrado a la iglesia remanente, la que debía ser perseguida por la falsa iglesia, pero que al final triunfaría.

Trágicamente, la persecución, la apostasía y la corrupción atacarían a la iglesia. Jesús mismo advirtió a los discípulos que se levantarían "falsos profetas" para engañarlos (**Mateo 24: 4, 24**) y que llegaría un período de "gran tribulación" (versículos **21, 22**). De igual manera Pablo advirtió a los creyentes que después de su partida se levantarían de entre ellos "lobos rapaces que no perdonarán al rebaño", "hombres que hablen cosas perversas, para arrastrar tras sí a los discípulos" (**Hechos 20: 29, 30**).

A pesar de la apostasía, la persecución sin tregua y las tribulaciones que, de acuerdo con el **Apocalipsis**, durarían 1.260 años (**Apocalipsis 12: 6**; cf. **12: 4; 13: 5...**), al final de una larga y distinguida lista de héroes de la fe, y con la llegada del "tiempo del fin", Dios llamaría al resto o remanente de sus hijos (**12: 17**).

El remanente en este pasaje, del cual deriva el concepto de "iglesia remanente", proviene del uso que se le da al vocablo en el Antiguo Testamento, donde describe a una minoría que permanece fiel a Dios (**2 Crónicas 30: 6; Esdras 9: 14; Isaías 10: 20; Ezequiel 6: 8, 9**) y sale de nuevo a testificar en favor de él (**Isaías 37: 31, 32; 66: 19**). Asimismo, se afirma que Dios levantaría a otro instrumento escogido para proclamar el mensaje apostólico a los habitantes de la Tierra. El remanente del tiempo del fin muestra características claras. Juan lo describe como formado por "los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo" (**Apocalipsis 12: 17**). Siguiendo los pasos de Cristo, que guardó los mandamientos de su Padre (**Juan 15: 10**), y aferrándose a la "fe que una vez fue confiada a los santos" (**Judas 1: 3**), el remanente se describe aquí como una iglesia que guarda los mandamientos: todos los mandamientos de Dios. El remanente también tiene "el testimonio de Jesús", que Juan define más adelante como "el espíritu de la profecía" (**Apocalipsis 19: 10...**).

En el contexto de las circunstancias del fin del tiempo, el mensaje y la misión de la iglesia se definen más detalladamente en **Apocalipsis 14: 6-12**. Estos tres mensajes, unidos a los de **18: 1-4**, constituyen la última apelación de Dios a los pecadores para que acepten el don de la salvación, tal como se muestra en los versículos que les siguen a los anteriores (**14: 13-16...**). De la



proclamación de este último mensaje ha surgido un pueblo al que Juan describe (12: 17) como uno que guarda los mandamientos de Dios (14: 12), para luego agregar: “y la fe de Jesús”. Se los caracteriza con una fe similar a la de Jesús, reflejando su confianza inmutable en Dios y abrazando todas las verdades de las Escrituras. La cruz y la ley nuevamente se unen. Dios tiene discípulos leales en otras comunidades religiosas, pero ha llamado una vez más a la iglesia remanente a predicar “el evangelio eterno” hasta los confines de la Tierra (versículo 6), para testificar de Cristo y preparar a los pecadores para la segunda venida del Señor.

De principio a fin, éstas son las características de la naturaleza esencial de la iglesia: fe, comunión, unidad, santidad, universalidad y fidelidad al mensaje apostólico. También están intrínsecamente entrelazadas, y en su unidad identifican a la auténtica iglesia de Dios.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 635, 636**

No hay forma de confundir esta iglesia, con la Babilonia espiritual y sus hijas de las que habla **Apocalipsis**. A la iglesia remanente le correspondería la responsabilidad de levantar en alto la Santa Ley de Dios (la primera de las dos señales o características de **Apocalipsis 12: 17**, que ampliaremos más adelante) que ha sido “pisoteada” por el mundo, y despreciada por muchos que se llaman a sí mismos cristianos. Una gran obra espera a esta pequeña iglesia...

En un capítulo que define las diferencias entre la iglesia remanente y Babilonia, escribe: “Dios tiene en la Tierra una iglesia que está ensalzando la ley pisoteada y presentando al mundo el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo” (**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 50**). Mientras describe a la iglesia como estando “en la brecha, reparando el muro, reedificando las ruinas” (**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 50**), recuerda a sus lectores que “Dios ha llamado a su iglesia en este tiempo, como llamó al antiguo Israel, para que se destaque como luz en la Tierra. Por la poderosa cuña de la verdad –los mensajes de los ángeles primero, segundo y tercero [de **Apocalipsis 14**]– la ha separado de las iglesias y del mundo para colocarla en sagrada proximidad a sí mismo. La ha hecho depositaria de su ley, y le ha confiado las grandes verdades de la profecía para este tiempo. Como los santos oráculos confiados al antiguo Israel, son un sagrado cometido que ha de ser comunicado al mundo... No se ha de permitir que nada estorbe esta obra. Es una obra de suma importancia para este tiempo; y ha de ser tan abarcante como la eternidad” (**Ellen G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 5, 431**).

En su segundo mensaje a la Asociación General durante el Congreso de 1913, Elena de White dijo a sus hermanos adventistas que “la obra que nos espera... exigirá el ejercicio de toda facultad del ser humano. Exigirá el ejercicio de una fe enérgica y una vigilancia constante. A veces las dificultades que habremos de arrostrar serán muy descorazonadoras. La misma magnitud de la tarea nos espantará. Y, sin embargo, con la ayuda de Dios, sus siervos triunfarán finalmente” (**Ellen G. White, Joyas de los Testimonios, Tomo 3, 441**).

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 653**

Decía que muchas personas se preguntan sobre la iglesia verdadera, pero cuando ella se les presenta algunos parecen entender mal que una iglesia se considere a sí misma como la iglesia remanente. He mencionado a propios y extraños que como iglesia (las personas que la componemos) no tenemos nada de lo que jactarnos. No somos mejores que otras personas, nos reconocemos como pecadores que necesitan un Salvador, no somos ni más inteligentes, ni más talentosos, ni más preparados para manejar los recursos, solamente tenemos una cosa: el mensaje que Dios se ha complacido darnos. Esta iglesia existe para dar un mensaje final, no tiene otro objetivo. En lugar de la potencial jactancia debería haber un serio reconocimiento de lo que hemos hecho o dejado de hacer (esto probablemente es mayor que lo otro) para cumplir con la obra que Dios ha puesto sobre nuestros débiles hombros. Pero tengo la plena confianza que Dios “por debilitada y defectuosa que sea” su iglesia nos “concede su suprema consideración”. No necesitamos más... Si Dios por nosotros, quién contra nosotros. La iglesia cumplirá la obra por medio de aquellos a quienes redimió y rescató del mundo.

Testifico ante mis hermanos y hermanas que la iglesia de Cristo, por debilitada y defectuosa que sea, es el único objeto en la tierra al cual él concede su suprema consideración. Mientras el Señor extiende a todo el mundo su invitación de venir a él y ser salvo, comisiona a sus ángeles a prestar ayuda divina a toda alma que acude a él con arrepentimiento y contrición, y él se manifiesta personalmente a través de su Espíritu Santo en medio de su iglesia. “Jah, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podría mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado. Esperé yo a Jehová, esperó mi alma; en su palabra he esperado. Mi alma espera a Jehová más que los centinelas a la mañana... Espere Israel a Jehová, porque en Jehová hay misericordia, y abundante redención con él; y él redimirá a Israel de todos sus pecados”.

**Ellen G. White, La Iglesia Remanente, 11, 12**

Cuando el profeta Joel por inspiración divina habla del tiempo del fin dice que entonces “profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones”. Esta declaración tiene varias implicancias. Por un lado, se habla de un don de profecía multiplicado y extendido





en el tiempo del fin, y por otro se menciona alguno de los medios que Dios usa. Se menciona que los jóvenes, con mayor fuerza por su propia juventud, verán visiones, que son más desgastantes en lo físico, mientras que los ancianos, menos fuertes, soñarán sueños. La segunda característica (después de guardar la Ley de Dios) de la iglesia remanente es la existencia del Don de Profecía en ella.

Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones.

**Joel 2: 28**

Por las Escrituras es claro que el don profético debe estar presente entre el pueblo de Dios hasta el fin del tiempo.

a. Evidencia de Joel

Joel habla de un abundante derramamiento del Espíritu de Dios sobre su pueblo, de jóvenes viendo visiones, ancianos soñando sueños, e hijos e hijas profetizando (**Joel 2: 28, 29**). Incluso establece el marco de tiempo para esta experiencia. Habrá fenómenos cósmicos, el Sol se oscurecerá y la Luna se volverá en sangre. Los desastres sobre la Tierra están descritos enigmáticamente como “sangre y fuego y columnas de humo”. Todo esto va a preceder inmediatamente “antes que venga el día grande y espantoso de Jehová” (versículos **30, 31**)

Juntamente con otros creyentes cristianos primitivos, Pedro consideró la primera venida de Cristo como los últimos días (**Hebreos 1: 2; 9: 26; 1 Corintios 10: 11; 1 Pedro 1: 20**) y aplicó la profecía de Joel a la experiencia del Pentecostés (**Hechos 2: 16-21**), vinculando el don de profecía al don de lenguas. La profecía de Joel sobre el venidero don profético está colocada en el contexto de la lluvia temprana y tardía (**Joel 2: 23-32**). La lluvia refrescante y que da vida del otoño –que hacía posible que germinara la semilla y echara raíces, que llevaba el grano a madurar y a estar listo para la cosecha– se llama la lluvia tardía. Este fenómeno en el ciclo agrícola de Palestina es un símbolo del refrigerio que Dios le da a su pueblo por medio de su Espíritu (**Oseas 6: 3**). Pedro, creyendo firmemente que estaba viviendo en los últimos días, experimentó la lluvia temprana. La lluvia tardía aún debe caer sobre el pueblo de Dios al fin del tiempo...

b. Evidencia de Jesús

Jesús dijo que aparecerían falsos profetas en su nombre y que pedirían ser admitidos en su reino. En ese día les dirá: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (**Mateo 7: 15-23**). Estos falsos profetas estarán activos al final de los tiempos mostrando señales y prodigios e intentando engañar, si fuese posible, a los mismos elegidos (**24: 24**). Que a estos profetas del fin del tiempo se los llame “falsos” sugiere que también estarían presentes los verdaderos [una importantísima conclusión].

c. Evidencia de Pablo

Pablo comienza **1 Corintios** con la seguridad de que los dones espirituales estarán con los seguidores de Cristo hasta el día en que él regrese. Entre esos dones está el “testimonio de Cristo” (τὸ μαρτύριον τοῦ Χριστοῦ [**1 Corintios 1: 6-8**]). Como Pablo está hablando de dones espirituales dados por el Espíritu, el “testimonio” del cual habla aquí debe verse también como un don. Pablo dice que con “el testimonio de Cristo” a los corintios no les faltaba ningún don espiritual.

La expresión “testimonio de Cristo” puede entenderse de dos formas: Primero, testimonio “a” Cristo, que había sido dado entre los corintios por la predicación de Pablo. Por otra parte, Cristo era la fuente “del” testimonio que habían recibido. Tú Jristú puede entenderse como un genitivo objetivo (“a Cristo” o “acerca de Cristo”), o como un genitivo subjetivo (“de” Cristo). Si es un genitivo subjetivo sería paralelo a lo que Juan presenta en el Apocalipsis. Teniendo el don del “testimonio de Jesús”, a los corintios no les faltaba ninguno de los dones espirituales.

Pablo recalca lo que le dice a los corintios al dar su instrucción a la iglesia de Éfeso (**Efesios 4: 11-13**). Dios le ha dado a su iglesia el don de los ministerios espirituales que incluye apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Estos dones son dados para preparar a los seguidores de Cristo para la obra del ministerio que les ha sido dada. Esta preparación continúa hasta que todos llegemos a:

1. la unidad de la fe,
2. al conocimiento del Hijo de Dios,



3. a la madurez completa, y
4. a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Evidentemente Pablo tiene su vista puesta en el día cuando Jesús regrese, cuando el deseo de Cristo para la iglesia será realizado finalmente.

d. Evidencia de Juan



En el Apocalipsis, Juan confirma la enseñanza bíblica de que el don profético no sólo se extenderá más allá de sus días, sino que se manifestará en la iglesia del tiempo del fin. Presentando un cuadro profético de la batalla espiritual que ya fue identificada como el gran conflicto... Juan vincula al pueblo de Dios con el símbolo profético de una mujer hermosa [en realidad más bien pura que hermosa, aunque también sea esto último] (**Apocalipsis 12: 1, 2**). Las fuerzas del mal, representadas por un gran dragón rojo, se pararon para destruir a su Hijo cuando naciera, pero fue arrebatado al trono de Dios (versículos **3-5**).

Al fracasar en destruir al Hijo, el dragón se vuelve contra la mujer intentando destruirla durante los siglos que siguieron a la ascensión de Jesús. Por último, intenta destruir al remanente de su simiente al fin del tiempo (versículos **13-17**). El remanente de esta mujer tiene el testimonio de Jesucristo (versículo **17**). Tanto aquí como en **1 Corintios 1: 6**, el genitivo es subjetivo (por ejemplo, el testimonio se origina con Jesús). Esta es exactamente la forma como “el testimonio de Jesucristo” (refiriéndose al mismo Apocalipsis) y “testimonio de Jesús” (refiriéndose a las Escrituras del Antiguo Testamento) se entienden en **Apocalipsis 1: 2, 9**.

En **Apocalipsis 19: 10** se aclara el significado de tē'n martyrián Iēsú. El ángel dice: “Yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús [tē'n martyrián Iēsú]. Adora a Dios”. Y Juan interpreta: “Porque el testimonio de Jesús [hē gār martyrián Iēsú] es el espíritu de la profecía”. El ángel que asiste a Juan se identifica como un “consiervo” con él y con otros “que retienen el testimonio de Jesús”, que es “el espíritu de la profecía”. Que los términos “testimonio de Jesús” y “espíritu de la profecía” son sinónimos con “profeta” se ve en **Apocalipsis 22: 9**, donde el ángel que lo asiste repite su declaración anterior, pero substituye “testimonio de Jesús” por “profeta”: “Yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas”. Juan aclara que el remanente que tiene el testimonio de Jesús también tiene el don profético.

#### Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 709-711

Analicemos un poco más este tema, aunque no trataré aquí el asunto netamente profético, que será motivo de otros tratados futuros, pero es importante señalar esto:

1. Juan observa en la visión de Apocalipsis el surgimiento de la iglesia neotestamentaria, y luego de las persecuciones que parecen diezmarla ve a la iglesia asentada en una tierra de promisión que le ha permitido un momento de paz en relación con los ataques que el enemigo ha lanzado a través de los poderes de la tierra.
2. Ve a Satanás, el dragón, implicándose una vez más en su lucha por desaparecer a este remanente, “el resto de la descendencia de ella” y percibe con claridad las características de esta iglesia.
3. Ve que quienes la conforman “guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo”.

Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.

#### Apocalipsis 12: 17

Seguramente en su cabeza (la de Juan) estas dos características tenían una muy marcada diferencia de comprensión. Si bien era relativamente fácil comprender el concepto de que esta iglesia guarda los mandamientos de Dios, por otro lado, la declaración “tienen el testimonio de Jesucristo” debe haber sido algo más confusa, o menos evidente.

Cuando, anonadado por la magnificencia del ángel guía, así como de las visiones que le eran presentadas, se postra equivocadamente para adorar al mensajero, recibe una firme negación, pero al mismo tiempo empieza al aclararse sus dudas pues se le dice que “el testimonio de Jesús es el espíritu de



la profecía". Esta es una declaración muy importante, pues señala que una de las características de la iglesia remanente del último tiempo es la posesión del don de profecía. Note que aquí el ángel se refiere también a Juan y a sus "hermanos que retienen el testimonio de Jesús", indicando que él, como ángel, también sirve. Mantenga en mente esto para comparar este verso con uno paralelo de finales del mismo libro que veremos en unas líneas.

Yo me postré a sus pies para adorarle. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.

#### Apocalipsis 19: 10

Es tan paralelo el verso que sigue con el anteriormente citado, que Juan otra vez se postra delante del mensajero quien le reitera que no debe hacerlo y le señala que es consiervo suyo y de sus "hermanos los profetas". Usando el paralelismo mencionado los hermanos de Juan son aquellos "que retienen el testimonio de Jesús" y que son llamados "los profetas", que son quienes tienen "el testimonio de Jesús" que "es el espíritu de la profecía". Esto es, se le menciona a Juan que una de las características de la iglesia del tiempo final será la manifestación del don de profecía en su interior. Note además que en el verso citado a continuación se menciona que los profetas comparten con los que "guardan las palabras de este libro" así como en el verso citado antes de dice que "guardan los mandamientos de Dios"

Y me dijo: estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. ¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro. Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas. Pero él me dijo: mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios. Y me dijo: no selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca.



#### Apocalipsis 22: 6-10

Por otro lado, en la profecía de Apocalipsis 10, que ocurre cuando ha llegado el tiempo del fin, se le reitera a la iglesia la necesidad que profetice "otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes".

Y él me dijo: es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.

#### Apocalipsis 10: 11

**Joel 2: 28-32.** Viviendo en "los postreros tiempos" (desde la perspectiva del Antiguo Testamento, **1 Pedro 1: 20**; **Hebreos 1: 2**), el apóstol Pedro vio un cumplimiento de la profecía de Joel en el derramamiento del Espíritu en el día del pentecostés a través de la manifestación del don de lenguas (**Hechos 2**). Sin embargo, el pentecostés parece haber sido sólo un cumplimiento parcial, puesto que Jesús sitúa las señales en el sol y la luna mencionadas por Joel como ocurriendo después del oscurantismo de la Edad Media, de la persecución y más cerca de la venida de "el día grande y espantoso de Jehová" (**Mateo 24: 29, 30**). Más aún, Joel se refiere específicamente a una manifestación del don de profecía. De esta manera, un cumplimiento completo de la antigua predicción de Joel requeriría una manifestación del don profético en el tiempo del fin.

**Mateo 7: 15-20; 24: 24.** Puesto que Jesús predijo la aparición de "falsos profetas" en el tiempo del fin, tal predicción es una presunta evidencia de una manifestación verdadera del don.

**1 Corintios 12; Efesios 4;** etc. La doctrina neotestamentaria de "los dones espirituales" (la cual incluye el don profético) nunca ha sido dejada sin efecto. Si el pasado pudiera dar alguna señal del futuro, podemos advertir que el don profético generalmente operó durante períodos de crisis o de trascendencia: Noé antes del diluvio; el grupo de los profetas mayores y menores en torno a los períodos críticos de la historia de Israel, cuando Asiria, Babilonia, y Persia amenazan o perjudican

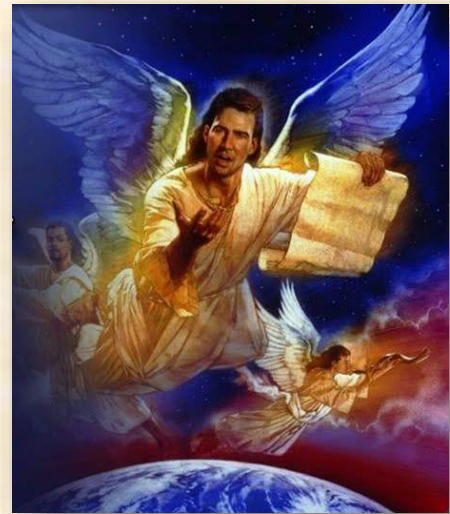


la existencia de Israel; Juan el Bautista antes del advenimiento de Cristo, etc. Por lo tanto, sería razonable esperar algún tipo de manifestación profética previo al fin del tiempo de gracia y la segunda venida, la consumación del plan de salvación.

**Apocalipsis 12: 17; 19: 10.** Mientras que enfatizaban la predicción de **Joel 2** en defensa de una manifestación legítima del don profético, nuestros pioneros no dejaron de tener en cuenta las implicaciones de **Apocalipsis 12: 17** y **19: 10**. Escribiendo en la Review and Herald el 16 de octubre de 1855, Jaime White expresó:

“Miremos **Joel 2: 32**, y veamos dónde coloca él la profecía. “Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado”. Es el REMANENTE el que va a presenciar estas cosas. Es el remanente (o última fracción de la iglesia) que guarda los mandamientos de Dios y tiene el testimonio de Jesucristo, (“que es el espíritu de profecía”, **Apocalipsis 19: 10**) muy ciertamente, el que va a participar de esta liberación. “Todo el que invocare el nombre de Jehová” en el tiempo de prueba cual nunca hubo, participará de esa liberación. “¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche?” **Lucas 18: 1-8**”.

“Esta invocación del nombre del Señor está simbolizada también por el ángel (**Apocalipsis 14: 15**) que clama a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: “Mete tu hoz, y siega; porque la hora ha llegado, pues la mies de la tierra está madura”. Dios siempre ha manifestado poder a sus hijos de acuerdo a sus necesidades y a sus ocupaciones. ¿Y podemos nosotros suponer en algún momento que el pueblo de Dios pasará a través de los peligros de los últimos días, y enfrentará el tiempo de angustia cual nunca fue, y que Él no se manifestará a ellos mediante aquellos dones que El mismo ha puesto en la iglesia? No, ciertamente. Dios ha prometido, por intermedio del profeta Joel, hacer grandes cosas en favor del REMANENTE antes que venga el día grande y espantoso de Jehová”.



1. El libro de Apocalipsis muestra dos mujeres: una mujer pura vestida de sol (**Apocalipsis 12**), y una mujer caída, denominada “Babilonia la Grande” (**Apocalipsis 17**). En un sentido, ambas mujeres simbolizan la misma entidad: el cristianismo. Ambas tienen descendencia (**Apocalipsis 12: 17; 17: 15**). **Apocalipsis 12** parece estar representando a los seguidores fieles de Dios y el curso de su historia, y **Apocalipsis 17** simboliza el desarrollo y el curso de la apostasía cristiana.

La mujer pura que se esconde en el desierto para escapar de la persecución ocasionada por el dragón (**12: 17**) y por la mujer caída (**17: 6**), representa en esencia a múltiples grupos leales. Esos grupos (aunque no necesariamente puros en todos los aspectos doctrinales...), mantuvieron la fe en Dios y la lealtad en las Escrituras durante el período del oscurantismo de la Edad Media. ¿Cómo, entonces, ha de identificarse “el resto de su descendencia”? ¿Ha de ser entendido como un resto del tiempo del fin del cristianismo en general, o ha de delimitárselo a un grupo específico de cristianos?

2. El libro de Apocalipsis parece describir a los sinceros seguidores de Dios en el tiempo del fin bajo dos órdenes diferentes:
  - a. “El resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios” (**12: 17**), y
  - b. El “pueblo mío” (de Dios) que está en Babilonia (**18: 4**).

Esto implicaría, en un sentido técnico, que el grupo denominado en **Apocalipsis 12** como “el resto” o remanente no está constituido por todos los cristianos sinceros en general, sino que aquí se lo está limitando a un grupo específico por ciertas características: “guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús”.

Es razonable suponer, además, que el remanente o última etapa del pueblo de Dios del cual se habla en **Apocalipsis 12: 17** también predicará el último mensaje de Dios. Ese último mensaje es descrito en **Apocalipsis 14: 9-12** como el del “tercer ángel”. Este es un mensaje específico con características definidas, y que también involucra el contenido del mensaje de



los dos primeros ángeles (véase **Apocalipsis 14: 6-14**). Si aquellos que componen el “resto” de **Apocalipsis 12** son los expositores del mensaje del tercer ángel (**Apocalipsis 14**), necesariamente entonces tendrían que ser un grupo específico de cristianos, caracterizados por el distintivo de ese mensaje especial. Históricamente, los adventistas del séptimo día han creído que han estado cumpliendo el papel del tercer ángel; de aquí que hemos visto desde luego a nuestro movimiento como simbolizado también en **Apocalipsis 12: 17**)

3. El testimonio de Jesús (**12: 17**). El interrogante aquí es si esta frase señala una manifestación del tiempo del fin del don profético o en el grupo definido como “el resto de la descendencia de ella”.

La expresión “testimonio de Jesús” aparece seis veces en el libro de Apocalipsis (**1: 2, 9; 12: 17; 19: 10; 20: 4**). El primer problema relacionado con la expresión tiene que ver con la traducción. Dos traducciones son posibles gramaticalmente:

- a. El testimonio acerca de lo concerniente a Jesús (genitivo del objeto) lo que los cristianos atestiguan acerca de Jesús.
- b. El testimonio proveniente de o dado por Jesús (genitivo de sujeto) mensajes provenientes de Jesús a la iglesia.

La evidencia que proviene del uso de esta expresión en el libro de Apocalipsis surge que ésta debiera ser entendida como un genitivo de sujeto (un testimonio proveniente de o dado por Jesús), y que este testimonio es dado a través de la revelación profética. Unos pocos ejemplos:

- a. **Apocalipsis 1: 1, 2**. La revelación de Jesucristo, que Dios le dio para manifestar a sus siervos... y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y el testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto.

En este contexto resulta evidente que “la revelación de Jesucristo” señala una revelación proveniente de o dada por Jesús a Juan. De un modo parecido, Juan luego lleva registro de este testimonio proveniente de Jesús. Ambas expresiones genitivas le dan el mejor sentido como genitivos de sujeto en el contexto y concuerdan con las palabras finales de Cristo en el libro: “El que da testimonio de estas cosas dice: ciertamente vengo en breve” (**Apocalipsis 22: 20**).

Comentando sobre la misma frase en **Apocalipsis 19: 10**, James Moffat escribe:

“El testimonio de Jesús prácticamente equivale a Jesús testificando (**22: 20**). Es la autorevelación de Jesús (de acuerdo a **1: 1**, debida finalmente a Dios) la que mueve a los profetas cristianos. Él forma al instante el impulso y el tema de sus declaraciones” ...

- b. Una comparación de **Apocalipsis 19: 10** con **22: 9** vincula el testimonio proveniente de Jesús con la función profética:

- **19: 10** Mira, no lo hagas; y soy consiervo tuyo, y de
- **22: 9** Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de
- **19: 10** Tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús.
- **22: 9** Tus hermanos los profetas...

- c. **Apocalipsis 19: 10** define al testimonio proveniente de Jesús como “el espíritu de la profecía”. “Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía”.

Aunque James Moffat considera la frase como una glosa, analiza su significado desde las implicaciones de un genitivo de sujeto.

“Porque el testimonio de (es decir, portado por) Jesús es (es decir, constituye) el espíritu de profecía. Esto... define específicamente a los hermanos que retienen el testimonio de Jesús como poseedores de la inspiración profética” ...

4. La frase “espíritu de profecía” puede ser entendida en cualquiera de los dos sentidos:

- a. Puede referirse al Espíritu Santo, quien comunica la revelación profética. “Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspiradores por el Espíritu Santo” (**2 Pedro 1: 21**). Expresiones tales como el “Espíritu de gracia”, el “Espíritu de verdad”, etc., señalan al Espíritu que comunica gracia y verdad. De este modo el testimonio proveniente de



Jesús puede ser comparado o vinculado con la función del Espíritu que comunica gracia y verdad. De este modo el testimonio proveniente de Jesús puede ser comparado o vinculado con la función del Espíritu de inspirar al profeta con una revelación proveniente de Dios. (cf. **1: 10**). Una revelación tal, es un efecto, un testimonio proveniente de Jesús.

Esta interpretación de la frase está de acuerdo con **1 Pedro 1: 11**, que destaca que los profetas del Antiguo Testamento fueron inspirados por “el **Espíritu de Cristo**”, y que de este modo dieron un testimonio proveniente de Él.

- b. La frase “**espíritu de profecía**” puede también ser entendida como el genio o la esencia distintiva de la profecía. Es decir, el genio mismo o el alma de la profecía es Jesús que da testimonio. Jaime White lo expresó de esta manera: “El espíritu, alma y sustancia de la profecía, es el testimonio de Jesucristo; o la voz de los profetas concerniente al plan y obra de la redención humana, es la voz del Redentor”. (**Life Sketches edición 1980**), páginas 335, 336, citado en **Seventh-day Adventist Encyclopedia**, artículo “Spirit of Prophecy”.
5. En cualquier caso, el pasaje de **12: 17** enfatiza que el remanente tiene (participio presente de “echo”) el testimonio profético de Jesús. De tal manera, se describe el remanente como teniendo o reteniendo esta profesión mientras el dragón realiza su ofensiva final contra el pueblo de Dios en el tiempo del fin...
6. Si el “**testimonio de Jesús**” es realmente el testimonio de Jesús a su iglesia a través del canal profético, entonces la incógnita es saber si la característica de **12: 17** está enfatizando la posesión por parte del remanente en la forma del don profético. La primera aseveración parece ser un punto demasiado obvio para que el escritor profético lo subraye, pero una manifestación del don profético en un marco del tiempo del fin sería significativa.

Esta profecía concerniente a la posesión del testimonio profético proveniente de Jesús por parte del remanente, puede ser comparado a las muchas referencias al Mesías en los Salmos davídicos.

Un lector en los tiempos del Antiguo Testamento habría relacionado con David a muchas de las declaraciones -sino todas- de estos Salmos. Más tarde, después de la vida, muerte expiatoria y resurrección de Cristo, estas declaraciones son vistas como teniendo una aplicación mayor y más perfecta al Mesías, el Hijo de David. Precisamente en el cumplimiento de **Apocalipsis 12: 17**, juntamente con el desarrollo de movimiento del tercer ángel, podemos ver ahora lo que no era evidente antes de ese desarrollo: que la posesión del “**testimonio de Jesús**”, por parte del remanente trae consigo la atenuadora verdad que Cristo ha decidido hablar una vez más a su pueblo mediante el don profético, el enfrentar éste la mirada de desafíos del tiempo del fin, y de la terminación del tiempo de gracia para la humanidad.

**Frank B. Holbrook, Fundamentación bíblica para un profeta moderno, 5-10**

Una evidencia indirecta, que ya ha sido mencionada, es que el hecho que Jesús, en su sermón profético, se refiera a la existencia de “**falsos profetas**” implica la existencia de los verdaderos. De lo contrario, Cristo hubiera dicho que cualquiera que se presentara como profeta en el tiempo final sería falso.

Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios, para engañar, si fuese posible, aun a los escogidos.

**Marcos 13: 22**

Quisiera que note lo que menciona Pedro en la cita siguiente. Compara a los “**falsos profetas**” que hubo en el pasado (se entiende el pasado del tiempo apostólico) con la futura existencia de “**falsos maestros**”; lo que destaca la labor de enseñanza de la correcta doctrina por parte de los profetas, y nos exhorta a tener cuidado con aquellos “**que introducirán encubiertamente herejías destructoras**”.

Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina.

**2 Pedro 2: 1**

Permítame incorporar otra cita para sostener el significado del “**espíritu de profecía**” no solamente por autores adventistas, que se podría presumir como interesados, sino de otras fuentes cristianas y además judías.

Por lo tanto, en **Apocalipsis 19: 10**, se encuentra la explicación: “Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía”. Sin embargo, ¿qué es el “**espíritu de profecía**”? Esta frase aparece



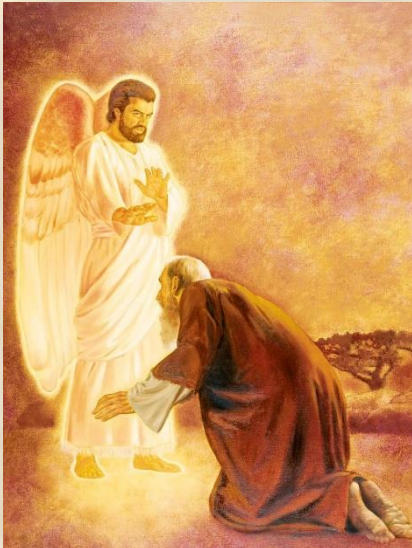
en la Biblia solamente una vez, solamente en este texto. Su paralelo más cercano en la Biblia se encuentra en **1 Corintios 12: 8-10**. Aquí Pablo se refiere al Espíritu Santo, el cual, juntamente con otros dones espirituales, da el don de la profecía. Más adelante en el capítulo **28**, la persona que recibe este don es llamado profeta (ver también **Efesios 4: 11**).

Ahora bien, de la misma manera como en **1 Corintios 12**, en donde aquellos que tienen el don de profecía son llamados profetas en el versículo **28**, también en Apocalipsis, aquellos que tienen el espíritu de profecía (**19: 10**), son llamados profetas en el **22: 8, 9**.

Notemos el paralelismo, casi renglón por renglón entre los versículos **19: 10** y **22: 8, 9**.

Apocalipsis 19: 10	Apocalipsis 22: 8, 9
Yo me postré a sus pies para adorarlo. Y él me dijo: “no hagas eso. Yo soy siervo como tú y como tus hermanos que se atienen al testimonio de Jesús. ¡Adora a Dios! Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía”.	Yo, Juan, soy el que oyó y vio estas cosas. Y después de haber oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me las estuvo mostrando. Pero él me dijo: “no lo hagas. Porque yo soy siervo contigo, con tus hermanos los profetas, y con los que guardan las Palabras de este libro. ¡Adora a Dios!”.

La situación en ambos pasajes es la misma. Juan se postra a los pies del ángel para adorarlo. Las palabras de respuesta de los ángeles son casi idénticas; sin embargo, la diferencia es importante. Mientras que en el **19: 10** se identifica a los hermanos como aquellos que “**tienen el testimonio de Jesús**”, el **22: 9** los llama simplemente “**los profetas**”. Si el principio protestante de interpretación bíblica significa algo, esta comparación debe llevar a la conclusión de que “**el espíritu de profecía**”, en **19: 10**, no es posesión de todos los miembros de iglesia en general, sino de aquellos que han sido llamados por Dios a ser profetas.



#### Intérpretes no adventistas

Esta no es una interpretación puramente adventista. Aparece en los escritos de otros eruditos. Por ejemplo, y comentando sobre **Apocalipsis 19: 10**, el erudito luterano Hermann Strathmann, declara:

“De acuerdo al paralelo en **22: 9**, los hermanos a los que se refiere no son creyentes en general, sino los profetas. Aquí también son caracterizados como tales. Este es el punto del versículo **10**. Si tienen el “**marturia lesou**” [**testimonio de Jesús**], tienen el espíritu de profecía; es decir, son profetas”.

De la misma manera, James Moffat [teólogo escocés de la Free United Church] explica:

“**Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía**”. “Este comentario marginal en prosa define específicamente a los hermanos que tienen el testimonio de Jesús como poseedores de inspiración profética. El testimonio de Jesús es prácticamente equivalente a Jesús testificando”.

#### El testimonio de la Tárgum

Los lectores judíos en los días de Juan sabían lo que significaba la expresión “**Espíritu de profecía**”. Habrían entendido la expresión como referencia al Espíritu Santo, que imparte al hombre el don profético.

El judaísmo rabínico equiparaba las expresiones del Antiguo Testamento “**Santo Espíritu**”, “**Espíritu de Dios**”, o “**Espíritu de Jehová**”, con el “**Espíritu de Profecía**”, como podemos observar en el uso frecuente de este término en las Tárgum (traducciones escritas del Antiguo Testamento al arameo).

Regresando ahora a **Apocalipsis 12: 17**, podemos ver que “**el resto de sus hijos... guarda los mandamientos de Dios y tiene el testimonio de Jesucristo**”, que es el Espíritu de Profecía, o el don profético.

Esta interpretación se ve fortalecida por un estudio de la voz griega “**echo**” en este versículo, que significa “**tener**”. Esta palabra indica posesión. Ellos tienen un don recibido de Dios—el don



profético. Si el testimonio de Jesús fuera nuestro testimonio acerca de Jesús, Juan hubiera escrito algo así como: "Guardan los mandamientos de Dios y testifican acerca de Jesús", o "son testigos de Jesús". Pero la voz griega "echo" nunca se usa en el sentido de "dar testimonio".

En resumen, podemos decir que la iglesia remanente, la cual de acuerdo a la profecía existe después del período de los 1,260 días (después de 1798), tiene dos marcas distintivas:

1. Guarda los mandamientos de Dios, incluyendo el mandamiento del sábado, como Dios lo ha dado.
2. Tiene en su medio el testimonio de Jesús, que es el Espíritu de profecía, o don profético.

**Gerhard Pfandl, Hay aquí algún Profeta del Señor, 8-10**

Es evidente en base a lo aquí presentado (si desea puede ver los tratados sobre La Ley de Dios y El Don de Profecía para ampliar lo aquí mencionado) que estas dos características se cumplen únicamente en la Iglesia Adventista del Séptimo Día, pues es la única que predica el cumplimiento de la Ley de Dios, incluyendo el cuarto mandamiento que ordena guardar el Sábado como día de reposo, y que puede mostrar la existencia del Espíritu de Profecía en ella, a través de la obra de Ellen G. White.

### 6.7. El Cuerpo de Cristo y otras metáforas

La Biblia utiliza varias figuras para establecer la relación entre Cristo y la Iglesia. Una de ellas es que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, que es la Cabeza de la misma. Este figura hace de la Iglesia un organismo vivo (permítame la redundancia) conducido y vivificado por Quien la dirige y cuida. Un organismo complejo con diferentes órganos, sistemas y miembros pero que todos ellos actúan coordinadamente para alcanzar sus objetivos. Aunque estas partes difieren, todas ellas requieren de las otras para mantener vivo el organismo y optimizar sus funcionamiento y manejar sus recursos.

porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador.

**Efesios 5: 23**

La iglesia no es un cuerpo en sí; nunca se la describe como el "cuerpo de cristianos", sino siempre como el cuerpo en Cristo (**Romanos 12: 5**) o el cuerpo de Cristo (**1 Corintios 12: 27**). Parece que Pablo usa la metáfora del cuerpo para expresar la unidad de la iglesia con su Señor. Hace bastante énfasis en la unidad de los creyentes con Cristo. Es muy posible que haya ideado este concepto, que se refiere a la solidaridad de los creyentes con Cristo basado en su experiencia en el camino a Damasco. Allí se le mostró que, al perseguir a los cristianos, en realidad estaba persiguiendo a Cristo mismo. La pregunta incisiva de Cristo fue: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" (**Hechos 9: 4**; cf. **22: 7**; **26: 14**). Más tarde Pablo enseñó la misma verdad a sus conversos de Corinto, explicándoles que dividir la iglesia era como dividir a Cristo (**1 Corintios 1: 13**), y que al pecar contra sus hermanos pecaban contra Cristo (**1 Corintios 8: 12**). Esta figura enfatiza la unidad de la iglesia, sea local o universal. Presenta a la iglesia como una unidad orgánica en un cuerpo que permanece en una relación vital con Jesucristo.



Este mismo concepto de la unidad de la iglesia, llámese iglesia local o universal, es introducido por Pablo cuando aborda el problema de las relaciones entre los cristianos. Hay un cuerpo cuyos miembros tienen funciones diferentes. Todos los miembros son igualmente importantes y necesarios para el funcionamiento eficiente del cuerpo como un todo. Los creyentes ya no se pertenecen a ellos mismos, sino que son bautizados en él (**1 Corintios 12: 13**); están en él y él está en ellos (**Gálatas 2: 20**). En ese cuerpo todos son miembros los unos de los otros. Es necesario reconocer la dependencia mutua (**1 Corintios 12: 12-26**), en una "comunidad" (koinōnía) de vida recta y justa, en la que cada uno, sin importar cuán relevante sea el papel que

desempeñe, debe tener la disposición de recibir ese papel y el don de Cristo por el bien del cuerpo entero (**Romanos 12: 3-8**; **Efesios 4: 11-16**).

Para enfatizar aún más la completa dependencia de Cristo de la iglesia, Pablo introduce una idea nueva en sus epístolas redactadas en la prisión: Cristo como cabeza de la iglesia (**Efesios 1: 22, 23**; **4: 15**; **Colosenses 1: 18**). Lejos de apoyar el punto de vista de que la iglesia es una extensión





de Cristo, mantiene una distinción clara entre la cabeza y el cuerpo. La cabeza es exaltada y ocupa una posición singular. Cristo, como la cabeza, es la fuente y el lugar de autoridad que el cuerpo entero debe obedecer (**Colosenses 2: 10**). Los creyentes que se unan con él serán nutridos por medio de él (versículo 19).

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 616**

y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.

**Efesios 1: 22, 23**

La preeminencia de Jesús, la Cabeza de la Iglesia, representa por un lado la importancia de la iglesia desde la perspectiva de Dios y por otro lado resalta la primacía de Dios el Hijo, a quien la Deidad en su conjunto otorgó la tarea de la creación, creación que Dios sostiene con su poder, sino que también le otorgó el sostenimiento y conducción de la Iglesia, así como el cerebro controla y dirige nuestro cuerpo natural.

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia;

**Colosenses 1: 15-18**

Pablo se sentía comprometido como miembro del Cuerpo de Cristo a seguir las pisadas del Maestro y poner sus talentos y esfuerzo para continuar la obra de Jesús. Igual podemos y debemos hacer cada uno de nosotros, colocar nuestro pequeño grano de arena para alcanzar los objetivos de la Iglesia.

Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia;

**Colosenses 1: 24**

Otra hermosa comparación utilizada para definir la relación entre Cristo y Su Iglesia es la relación entre el esposo y la esposa. Evidentemente hoy esta metáfora puede parecer inconveniente por lo mucho que se ha deteriorado el concepto del matrimonio entre el común de las gentes. La comparación es adecuada si se integra el concepto de la santidad y permanencia del matrimonio tal como aparece en las Sagradas Escrituras. Las figuras presentadas en la cita siguiente son hermosas y hablan del amor genuino entre el esposo y la esposa que no depende de los años, ni de las situaciones por la que toda pareja puede atravesar, sino del amor perfecto que ambos se profesan. El pasaje resalta la pureza de la esposa y el sacrificio y cuidado del esposo, una imagen muy adecuada para representar a Cristo y Su amada Iglesia.

Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.

**Efesios 5: 25-27**



La imagen de la iglesia como la novia de Cristo también se convierte en un argumento a favor de la unidad entre los creyentes y Cristo, particularmente en el contexto del ideal bíblico de un matrimonio monógamo (**Génesis 2: 24**). Jesús mismo empleó la figura de una boda, aunque no identificó a la novia explícitamente (**Mateo 25: 1-13**; cf. **22: 1-14**)... Pablo, reflexionando sobre esa imagen, la aplicó específicamente a la iglesia (cf. **Efesios 5: 25**). En este pasaje, así como en otras partes de la Epístola, la metáfora se aplica a la iglesia universal (cf. **Efesios 1: 22; 3: 10, 21; 5: 23, 27, 29, 32**).

La metáfora involucra la afirmación de la unidad más íntima entre Cristo, la cabeza, y la iglesia como su novia, en vista de la doctrina bíblica de que el hombre y la mujer llegan a ser "una sola carne" (**Génesis 2: 24**). Sin embargo, no hay apoyo para la postura [de algunos comentaristas, se



entiende] de que el apóstol consideraba a la iglesia como una encarnación literal o extensión de Cristo. En su calidad de desposada, la iglesia debe permanecer pura y fiel a su único esposo, Jesucristo; debe entregarse sin perder su identidad, y convertirse en sierva sin ser obligada a ello.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 616**

Me agrada mucho la siguiente cita pues es una muy certera y creativa forma de vincular la metáfora de la relación esposo-esposa. No es posible amar a Cristo sin hacer lo propio con la Iglesia. Además, esta cita vincula la metáfora del Cuerpo de Cristo con el amor que uno tiene de su propia carne, que es la esposa (o esposo, según sea el caso). También utiliza la figura de la procreación de los hijos en el matrimonio con la misión de evangelizar y traer nuevos miembros a la iglesia. Me gusta la cita...

La iglesia es la ayuda idónea del segundo Adán, la esposa del Cordero. Eso nos muestra algo del valor de la iglesia a los ojos de Dios, y de la tarea que la iglesia está llamada a hacer. Imagina cómo reaccionarías si alguien te dijera: “contigo iría hasta el fin del mundo, pero para ser te franco no soporto a tu esposa”. Si eres casado y amas verdaderamente a tu esposa, supongo que no lo verías como un halago, sino como insulto.

Tristemente eso es lo que muchos hoy día parecen decir a Jesús, por la actitud que tienen hacia la iglesia: “te amo, Señor, pero tu esposa me resulta insoportable”. Fue esa esposa la que el

Padre escogió para Su Hijo, para que sea Su cuerpo, unida inseparablemente a Él como el esposo con la esposa. Y fue por amor a ella que Cristo se entregó a sí mismo para santificarla. Ese es el argumento de Pablo en **Efesios 5**. El hombre y la mujer vienen a ser uno a través del vínculo matrimonial. A tal grado que Pablo indica a los maridos, en el versículo **28**, que deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. “**El que ama a su mujer, a sí mismo se ama**”. Pero observa lo que sigue diciendo a partir del versículo **29**:

“**Porque nadie aborreció jamás su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, así como también Cristo a la iglesia; porque somos miembros de su cuerpo. Por esto el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio, pero hablo con referencia a Cristo y a la iglesia**”.

Nosotros somos uno con Cristo, y es a través de nosotros que Él está haciendo Su obra en el mundo. Dios le dio una ayuda idónea al primer Adán para llenar la tierra de “imágenes vivientes de Dios” a través de la procreación. De igual manera proveyó una ayuda idónea al segundo Adán, Cristo, para llevar a cabo esa misma tarea por medio de la regeneración. A través de la regeneración Dios nos imparte nueva vida espiritual de modo que podamos responder al evangelio en arrepentimiento y fe.

Es por medio de la iglesia que el Espíritu de Dios engendra hijos espirituales a través de la proclamación del evangelio (**1 Corintios 4: 15**). La iglesia es la ayuda idónea del Cordero, a través de la cual Él está extendiendo Sus dominios en el mundo. No por medio de la espada, sino procreando hijos espirituales por el poder de Su Espíritu actuando a través de Su Palabra. Nosotros somos las manos, los pies y la boca de Cristo en el mundo. Aparte de Su iglesia, Cristo no tiene otra ayuda idónea para llevar a cabo Su obra.

Es por medio de Sus iglesias locales que Cristo proclama, protege y ejemplifica Su verdad en el mundo. La iglesia es “**columna y baluarte de la verdad**”, expresa Pablo en **1 Timoteo 3: 15**. Así como Adán tenía la obligación de proteger el huerto para que Satanás no lo infectara con sus mentiras y engaños, nosotros también, en unión con Cristo, tenemos la obligación de proteger la verdad de Dios contra la herejía y el error. Pero eso no es suficiente. En el contexto de la membresía de una iglesia local, los creyentes deben cuidarse unos a otros “**hablando la verdad en amor**”, de modo que “**crezcamos en todos los aspectos en aquel que es la cabeza, es decir, Cristo, de quien**





todo el cuerpo (estando bien ajustado y unido por la cohesión que las coyunturas proveen), conforme al funcionamiento adecuado de cada miembro, produce el crecimiento del cuerpo para su propia edificación en amor” (**Efesios 4: 11-16**). Es a través de ese proceso que somos progresivamente transformados a imagen de Cristo. Es así como la imagen divina es restaurada en nosotros.

**Sugel Michelén, El Cuerpo de Cristo, 25-27**

Otra imagen de la relación mencionada es considerar a la Iglesia como el rebaño que cuida el Buen Pastor. Siempre me ha parecido muy relevante la relación pastor-oveja, pues este animalito es muy indefenso, pacífico y hasta tonto, dirían algunos. El cuidado que tienen que tener el pastor grafica la atención que Jesús brinda a Su Iglesia.

Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.

**Hechos 20: 28**

También se presenta a la Iglesia como un edificio, un templo construido sobre la Roca de los Siglos. Esta “**pedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa**” es la base sobre la que cada miembro es también colocado como una piedra viva, para ser todos juntos una “**casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo**”. También los versos siguientes hablan de un fundamento doctrinal “**de los apóstoles y profetas**” remarcando la importancia de la doctrina en la unidad de la Iglesia. Es en base a esta solidez que “**todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu**”.

¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: **habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso.**

**2 Corintios 6: 16-18**

A las imágenes de cuerpo, novia y templo, el Nuevo Testamento agrega la metáfora del pueblo de Dios. El concepto de pueblo de Dios se aplica frecuentemente en el Antiguo Testamento a la nación de Israel, escogidos y protegidos por el Señor (cf. **Éxodo 15: 13, 16; Deuteronomio 14: 2; 32: 9, 10; Oseas 2: 23**). En el Nuevo Testamento, del mismo modo, se percibe a la iglesia como la continuación y consumación de la comunidad del pacto de Dios. A sus hermanos creyentes Pedro les escribe: “**Vosotros sois linaje escogido... pueblo adquirido por Dios**” (**1 Pedro 2: 9**), declaración que evoca claramente el pacto del Sinaí (**Éxodo 19: 5, 6**).

Si bien en el Nuevo Testamento la expresión “**pueblo de Dios**” y otros términos relacionados se emplean para describir al Israel del Antiguo Testamento (**Hebreos 11: 25**; cf. **Lucas 1: 68; Romanos 11: 1, 2**), también se usan para designar a la comunidad cristiana formada por judíos y gentiles (**2 Corintios 6: 14-16; 1 Pedro 2: 9, 10**; cf. **Romanos 9: 25, 26**). En un típico modelo de cumplimiento del Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento considera a la iglesia como el Israel verdadero (**Romanos 9: 6; Gálatas 6: 16**) y la verdadera simiente de Abraham (**Gálatas 3: 29**; cf. **Romanos 4: 16; 9: 7, 8**). Lejos de usar el concepto “**pueblo**” para denotar meramente una masa o mezcla de individuos mal definidos y carentes de identidad, el Nuevo Testamento comparte la concepción del Antiguo Testamento acerca del pueblo de Dios. Visualiza al nuevo pueblo de Dios como una comunidad bien definida, con un sentido de identidad y misión inequívocas. Aquí el artículo definido el debe conservarse: “**el pueblo de Dios**”.

El concepto enfatiza la iniciativa divina: él fue quien escogió. La iglesia le pertenece a Él y Él le pertenece a la iglesia [esto no es precisamente así]. Con respecto a la decisión de Dios, Pablo escribe: “**Dios dijo: habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo**” (**2 Corintios 6: 16**). Así como el Israel del Antiguo Testamento fue suyo porque lo redimió y lo compró (**Éxodo 15: 13, 16**), también la iglesia le pertenece a Cristo porque la redimió y la “**ganó con su propia sangre**” (**Hechos 20: 28**). Dios espera que su iglesia le pertenezca con una lealtad indivisible, ya que Cristo está ansioso por presentársela a sí mismo “**sin mancha ni arruga, ni cosa semejante; sino, que fuese santa y sin mancha**” (**Efesios 5:27**).

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 617**

Acercándoos a él, **pedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.**

**1 Pedro 2: 4, 5**

Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal



piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.

**Efesios 2: 19-22**

Los primeros cristianos, a quienes les gustaba pensar que su comunidad era la Nueva Jerusalén, la Ciudad Santa, también consideraban a la iglesia como el templo de Dios. Era la presencia del templo la que hacía de Jerusalén una ciudad santa. Pero en vez de pensar en función de la estructura erigida en el Monte de Sion (cf. **Hechos 17: 24; Hebreos 12: 22**), sostenían que Dios había establecido a su pueblo como un Santuario al decidir morar entre ellos (**2 Corintios 6: 16**). La iglesia misma era “un templo santo en el Señor” (**Efesios 2: 21**); de igual manera lo eran las congregaciones (**1 Corintios 3: 16, 17**) y cada creyente en forma individual (**1 Corintios 6: 19**).

A este templo como símbolo de la iglesia, aunque formado por una sola estructura, se lo ve crecer hasta llegar a convertirse en “la morada de Dios en el Espíritu” (**Efesios 2: 21, 22**), “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (versículo **20**; cf. **Marcos 12: 10**). La iglesia es “una casa espiritual”, explica Pedro, en la que los creyentes individuales son edificados como piedras vivas (**1 Pedro 2: 5**), labradas y formadas a la medida por el Señor. Además, son sacerdotes (versículo **9**), cuyo deber, como en los tiempos del Antiguo Testamento, es un ministerio de intercesión y el ofrecimiento de sacrificios espirituales (versículo **5**).

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 617**

Este fundamento divino no puede ser removido o cambiado y nos otorga la seguridad que las “puertas del infierno no prevalecerán contra la iglesia edificada sobre este fundamento”.

La iglesia de Dios fue construida sobre una roca: “esa Roca es [Cristo] mismo, su propio cuerpo quebrantado y herido por nosotros. Las puertas del infierno no prevalecerán contra la iglesia edificada sobre este fundamento” (**Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 381**). “Él la cabeza, y la iglesia el cuerpo” (**Ellen G. White, La Educación, 268**). Como “cabeza de la iglesia y Salvador del cuerpo místico” (**Ellen G. White, El hogar cristiano, 192**), Cristo “ha llevado adelante su obra en la Tierra mediante embajadores escogidos, por medio de quienes habla aún a los hijos de los hombres” (**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 296**).

“La relación de Cristo y su iglesia es muy íntima y sagrada; él es el esposo y la iglesia la esposa” (**Ellen G. White, La Educación, 269**). “En la Biblia, el carácter sagrado y permanente de la relación que existe entre Cristo y su iglesia está representado por la unión matrimonial” (**Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 431**).

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 649, 650**

## 6.8. La Iglesia y la Verdad

Para preservar este legado doctrinal Dios ha otorgado dones espirituales a Su Iglesia, de manera que los miembros puedan ser instruidos en la doctrina de la salvación y sobre cómo ellos pueden llevar a otros a la verdad. Ha colocado allí a maestros que puedan enseñar por precepto y ejemplo a la feligresía, y además ha provisto el Don de Profecía para la iglesia del último tiempo. No puedo menos que estar agradecido por eso.

Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Níger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo.

**Hechos 13: 1**

Comentaba líneas arriba que somos una iglesia profética, que debe levantar el sagrado estandarte de la verdad frente al mundo, pero que al mismo tiempo no tiene nada de que vanagloriarse. Somos un puñado (si nos comparamos con la población mundial) de personas que se reconocen a sí mismos como pecadores, necesitados de la misericordia de Dios, que han aceptado a Jesús como su Salvador personal y que desean vivir vidas acordes a la de su Maestro y honrar la Santa Ley de Dios con su vida y carácter. Pero al mismo tiempo sostengo que existimos solamente por el mensaje que tenemos que dar, el último mensaje de amonestación a un mundo que parece, somos “columna y baluarte de la verdad”.

para que, si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad.

**1 Timoteo 3: 15**

La substitución de los mandamientos de Dios por los preceptos de los hombres no ha cesado. Aun entre los cristianos, se encuentran instituciones y costumbres que no tienen mejor fundamento que la tradición de los padres [aquí se refiere a los llamados Padres de Iglesia romana]. Tales



instituciones, al descansar sobre la sola autoridad humana, han suplantado a las de creación divina. Los hombres se aferran a sus tradiciones, reverencian sus costumbres y alimentan odio contra aquellos que tratan de mostrarles su error. En esta época, cuando se nos pide que llamemos la atención a los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, vemos la misma enemistad que se manifestó en los días de Cristo. Acerca del último pueblo de Dios, está escrito: “El dragón fué airado contra la mujer; y se fué a hacer guerra contra los otros de la simiente de ella, los cuales guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo”.

Pero “toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada”. En lugar de la autoridad de los llamados padres de la iglesia, Dios nos invita a aceptar la Palabra del Padre eterno, el Señor de los cielos y la tierra. En ella sola se encuentra la verdad sin mezcla de error. David dijo: “Más que todos mis enseñadores he entendido: porque tus testimonios son mi meditación. Más que los viejos he entendido, porque he guardado tus mandamientos”. Todos aquellos que aceptan la autoridad humana, las costumbres de la iglesia, o las tradiciones de los padres, presten atención a la amonestación que encierran las palabras de Cristo: “En vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres”.

**Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 363, 364**

Enfrentamos con el mensaje de la verdad a un mundo que no le conoce, a un mundo cristiano que dice que la Ley de Dios no necesita ser obedecida, que guarda un falso día de reposo y que piensa que nada es intrínsecamente malo. Debemos dar al mundo un mensaje solamente basado en las Sagradas Escrituras, pero un mensaje para este tiempo: la verdad presente. Para Noé la verdad presente era que venía un diluvio que destruiría a toda carne, y tenía un plazo y un medio de salvación. No creo que tuviera tiempo de darle estudios bíblicos a sus vecinos. Había una población de 2,2 billones de personas en ese tiempo (vea mi tratado sobre el diluvio... si así lo desea) y 120 años para dar el mensaje. Esto implica un poco más de 50.000 personas por día... además de construir el arca. No tenía tiempo que perder.

Para los magos, la verdad presente era que había llegado el tiempo del Mesías ofrecido desde Adán y recordado por los profetas. Juan el bautista tomó la posta señalando que había llegado el tiempo del “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” y debió enfrentar a una mayoría que no le importaba el mensaje. Para los apóstoles la verdad presente era que Jesús había resucitado y había esperanza para todos los que habían caído bajo las garras de la muerte y los que esta les alcanzaría en el futuro. Pablo, inclusive, previno a los que pensaban que el día de la segunda venida de Jesús estaba cerca. Ese fue el mensaje de nuestros pioneros hace unos 170 años y sigue siendo el nuestro solamente que el tiempo se ha acortado y la tarea se hace cada vez más gigantesca. Esto es solamente un adelanto de lo que presentaremos en el siguiente tratado.

Os insto a vosotros, que aseveráis creer la verdad, que andéis en unidad con vuestros hermanos. No tratéis de dar al mundo ocasión de decir que somos extremistas, que estamos desunidos, que uno enseña una cosa y otro otra. Evitemos las disensiones. Cada uno esté en guardia, y procure ser hallado de pie en la brecha, tratando de repararla, en vez de encontrarse frente al muro tratando de abrir un boquete. Tengan todos cuidado de no hacer declaraciones contra el único pueblo que está cumpliendo la descripción que se da del pueblo remanente que guarda los mandamientos de Dios, tiene la fe de Jesús, y exalta la norma de justicia en estos postreros días.

Dios tiene un pueblo distinto, una iglesia en la tierra, que no es inferior a ningún otro, sino superior a todos en su capacidad de enseñar la verdad y vindicar la ley de Dios. El Señor tiene agentes designados divinamente, hombres a quienes está guiando, que han soportado el calor y la carga del día, que están cooperando con los instrumentos celestiales, para que progrese el reino de Dios en nuestro mundo. Únanse todos con estos agentes escogidos, y sean hallados al fin entre los que poseen la paciencia de los santos, guardan los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús.

**Ellen G. White, La Iglesia Remanente, 87, 88**

Y se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente; y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía.

**Hechos 11: 26**

Así también vosotros; pues que anheláis dones espirituales, procurad abundar en ellos para edificación de la iglesia.

**1 Corintios 14: 12**

La Iglesia debe tener como uno de sus grandes objetivos la preservación de la verdad. Los miembros deben ser instruidos en la verdad presente no solamente para que se encuentren bien fundamentados en la verdad sino para que puedan enseñar a otros la verdad. Todos debe utilizar los dones espirituales que Dios se ha complacido en darles para que todos estén “confirmados en la verdad presente”.

Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa



entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente.

## 2 Pedro 1: 10-12

Los dones espirituales que Dios ha concedido a Su Iglesia deben “perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. Note que esta declaración habla de edificar, construyendo sobre la Roca que es Cristo, y se menciona además el Cuerpo de Cristo y el desarrollo individual hasta lograr ser “un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. Todo esto debe ser hecho en base a conocimiento de la verdad por la que Dios “puso en la iglesia apóstoles, profetas, evangelistas y pastores” con “el fin de explicar “más exactamente el camino de Dios””.

Dios, explica Pablo, puso en la iglesia apóstoles, profetas, evangelistas y pastores, “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (**Efesios 4: 11-13**).

Los nuevos conversos debían crecer “en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (versículo 15). En la iglesia primitiva, la tarea de enseñar (didaskō) requería que la verdad y los deberes del evangelio fueran expresados y observados con una gran determinación. La instrucción se realizaba públicamente en el templo y en los hogares, entre los judíos y en las reuniones de los creyentes (**Hechos 4: 2, 18; 5: 21, 25, 28, 42; 18: 11; 20: 20**). Debía aplicarse la voluntad de Cristo a la vida cotidiana de la comunidad como una palabra de instrucción, de estímulo y de consolación para andar “en él” (**Colosenses. 2: 6; 3: 16; 1 Timoteo 6: 2; cf. 1 Corintios 14: 3, 26**). Todo acto debía basarse en “la Palabra de Dios” (**Hechos 18: 11**), en “el consejo de Dios” (**20: 26, 27**) o en “la palabra de Cristo” (**Colosenses 3: 16**).

Este proceso podía asumir diferentes formas al manifestarse en diferentes niveles. Podría significar el adoctrinamiento de los miembros de iglesia con el fin de explicar “más exactamente el camino de Dios” (**Hechos 18: 26**), enseñar a los creyentes el “proceder en Cristo” de los mismos apóstoles (**1 Corintios 4: 16, 17**), o ayudarlos a permanecer firmes frente a las herejías (**Efesios 4: 14, 15**). El contenido de la predicación, y de la instrucción más elaborada, a menudo tenía que ser el mismo (**Hechos 5: 42; 15: 35; Colosenses 1: 28**); aunque a veces el predicador era también maestro, especialmente en el caso de los apóstoles (**1 Timoteo 2: 7; 2 Timoteo 1: 11**).

Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 619

Note que Pablo señala que uno de sus propósitos es “anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo”, pero también enriquecer el conocimiento interno, el de los miembros de iglesia, por lo que se proponía “aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios” de manera que todos los miembros estén preparados “para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor”.

Desea el Señor que la iglesia, esto es, los miembros, estén convenientemente preparados para proclamar el mensaje de salvación, por precepto (es decir, en forma teórica) y por ejemplo (mediante vidas acordes al evangelio de Cristo). Me preocupa que muchas veces los hermanos con largos años en la iglesia no conocen las doctrinas fundamentales de la verdad (el santuario, el sábado, el estado de los muertos, la justificación por la fe, la santificación, la naturaleza de Dios, la creación en 7 días) y les resulta difícil (o casi imposible) exponer estos temas a una sociedad postmoderna que demanda más pruebas de las verdades que sostenemos, que se aferra falsamente llamada ciencia y que ha recibido de sus iglesias conceptos que se apartan marcadamente de la verdad. Preciosos momentos del culto de adoración son utilizados para hablar de temas que no nos diferencian de otras iglesias, y dejamos de prepararnos en la verdad presente.

A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor,

## Efesios 3: 8-11

De acuerdo con Jesús, la iglesia no sólo proclama el mensaje de salvación de Dios: ella vive el evangelio cuando manifiesta unidad en su vida diaria. Eso equivale a decir que la iglesia permanece como un testigo visible de la obra redentora y del poder de Cristo en un mundo sumergido en el pecado y la división. Si la iglesia carece de unidad y solidaridad, su testimonio respecto al poder salvador de la cruz apenas sería notado por el mundo. A menudo escuchamos la expresión



de que una imagen equivale a mil palabras. Lo mismo sucede con la iglesia: su visible expresión de unidad y solidaridad pronuncia todo un torrente de palabras a un mundo que la observa. Nosotros podemos mostrar unidad al mundo a través de Cristo y testificar en formas prácticas de la fe que compartimos. Hay importantes conceptos bíblicos en el Nuevo Testamento que muestran cómo la comunidad cristiana puede hacer que sea más poderoso su testimonio visible.

**Denis Fortin, Unidos en Cristo, 87**

Algunas veces he discutido (amigablemente) con personas que me preguntan si solamente los miembros de mi iglesia serán salvos. Después de responder que no, he expuesto lo señala Jesús en la parábola del Buen Pastor, pues dice que tiene “**otras ovejas que no son de este redil**”. Observe que no dice que tendrá, sino que tiene. Pero a continuación dice que deben ser llamadas a integrarse a la Iglesia pues dice que a “**aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor**”. Algunos pastores cristianos sostienen que no debe haber evangelización entre los cristianos de otras denominaciones, que no importa si es católico y cree que la virgen es “mediadora de todas las gracias”, o que debe inclinarse frente a un ídolo, como los cristianos de las iglesias cismáticas, o debe creer en el infierno eterno porque el alma es supuestamente inmortal. Después de todo son cristianos, como también afirman serlo los mormones y los testigos de Jehová.

Jesús desea que solamente haya “**un rebaño, y un pastor**” por lo que la Iglesia que conoce la verdad debe presentarla delante de todos, cristianos o no cristianos, es nuestra tarea. No está demás decir que lo que se busca no es una aceptación intelectual de la verdad, sino un cambio en la vida producido por la obra del Espíritu Santo en cada persona.

**También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor.**

**Juan 10: 16**

En adición, cuando el mundo esté en sus etapas finales, cuando la venida del Señor esté cercana esta obra todavía estará sin terminar, pues la Inspiración llama a salir del error a los que llama “**pueblo mío**”. Esto tiene mucho sentido para mí. Permítame un ejemplo del mundo económico. Si usted entra a una tienda y pide una marca específica de champú, o de leche o galletas, es porque conoce que la marca existe. Porque sino usted no sabría que puede buscarla. La gente debe haber escuchado de las supuestas bondades de esa marca o de haberla usado antes para buscarla. Deben conocer a la Iglesia de Dios para buscarla cuando las cosas que anunciamos para el tiempo del fin empiecen a ocurrir. Mis hermanos de sangre no son miembros de la iglesia, algunos de ellos tienen además escaso interés en las cosas espirituales, pero yo les he hablado de las cosas que ocurrirán, pues espero que en ese momento digan que tal vez yo tenía razón (bueno... no yo sino la Santa Biblia) y sean un tizón arrebatado del incendio.

Por eso sostengo que la iglesia debe predicar, especialmente en este tiempo final, no solamente para bautizar (que sí, que también hay que hacerlo) sino para que la gente conozca la verdad y cuando llegue el tiempo de prueba sepan echar su suerte con el Señor. ¿Se ha dado cuenta que poca gente, con la que recién nos relacionamos, conoce la Iglesia Adventista del Séptimo Día y menos acerca de sus doctrinas? ¿Cómo nos van a buscar?

**Y oí otra voz del cielo, que decía: salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas;**

**Apocalipsis 18: 4**

Cuando le preguntaron a Jesús acerca de la salvación, él les asignó una determinada prioridad a la fe y a la condición espiritual de la persona. A los discípulos les dijo: “**De cierto os digo, que, si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos**” (**Mateo 18: 3**). A la multitud le declaró con énfasis: “**El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo**” (**Lucas 14: 27**). A Nicodemo: “**El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios**” (**Juan 3: 3**; cf. versículo 5). Los judíos escépticos quedaron horrorizados por la declaración de Jesús: “**El que cree en mí, tiene vida eterna**” (**Juan 6: 47**). Al hacerle frente al mismo tema, los apóstoles también insistieron en el arrepentimiento, en la conversión y en la fe en Cristo. Cuando se les preguntó a Pedro y a los otros: “**Hermanos, ¿qué haremos?**”, la respuesta fue: “**Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados**” (**Hechos 2: 37, 38**). La respuesta de Pedro fue la misma en **Hechos 3: 12-26** y **4: 7-12**. En respuesta a la pregunta del carcelero de Filipos: “**¿Qué debo hacer para ser salvo?**” (**Hechos 16: 30**), Pablo declaró sencillamente: “**Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa**” (versículo 31). En ninguno de estos casos se sugiere que la salvación depende de los vínculos con una institución visible o con un grupo de creyentes.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 614**

Como “**depositaria de las riquezas de la gracia de Cristo**” (**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 9**), la iglesia es “**el medio elegido por Dios para la salvación de los hombres. Su misión es extender el evangelio por todo el mundo. Y la obligación recae sobre todos los cristianos.**”



Cada uno de nosotros, hasta donde lo permitan sus talentos y oportunidades, debe cumplir con la comisión del Salvador. El amor de Cristo, que nos ha sido revelado, nos hace deudores a cuantos no lo conocen. Dios nos dio luz, no sólo para nosotros, sino para que la derramemos sobre ellos” (**Ellen G. White, El Camino a Cristo, 80, 81**). En verdad Dios decidió depender de la iglesia para el adelanto de su obra de salvación. Por eso la bautizó con el poder del Espíritu y la dotó con cada don de gracia que necesitara para triunfar sobre cada obstáculo (cf. **Ellen G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 6, 431, 432**). Con el fin de capacitarla para cumplir con esa tarea, “el Espíritu Santo debía descender sobre los que amaban a Cristo en este mundo. De ese modo se los capacitaría, por medio de la glorificación de Aquel que era su cabeza, para recibir todo don necesario para el cumplimiento de su misión” (**Ellen G. White, Cada día con Dios, 339**). En los tiempos apostólicos “la iglesia manifestaba el espíritu de Cristo y aparecía hermosa en su sencillez. Su adorno eran los santos principios y las vidas ejemplares de sus feligreses. Multitudes eran ganadas para Cristo, no por medio de la ostentación o el conocimiento, sino mediante el poder de Dios que acompañaba la sencilla predicación de su palabra” (**Ellen G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 5, 155**). En una descripción de belleza y poder poco comunes, inducida por una de las revelaciones de Ezequiel, Elena de White describe el propósito de Dios para la iglesia: “Es maravillosa la obra que el Señor determina que sea realizada por su iglesia, con el fin de que su nombre sea glorificado. Se da un cuadro de esta obra en la visión de Ezequiel del río de la salud: Estas aguas salen a la región del oriente, y descenderán a la llanura, y entrarán en el mar; y entradas en la mar, recibirán sanidad las aguas. Y será que toda alma viviente que nadare por dondequiera que entraren estos dos arroyos, vivirá... y junto al arroyo, en su ribera, de una parte y de otra, crecerá todo árbol de comer; su hoja nunca caerá, ni faltará su fruto; a sus meses madurará, porque sus aguas salen del santuario; y su fruto será para comer, y su hoja para medicina (**Ezequiel 47: 8-12**)” (**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 11, 12**).

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 650, 651**

Debemos presentar delante de las personas en general el llamado a integrarse al reino de Dios, el reino que Dios finalmente establecerá en gloria cuando Jesús venga por segunda vez, cuando al final del conflicto de los siglos el mal sea extirpado, junto con todas sus señales y consecuencias, del universo y nuestras lágrimas finalmente sean enjugadas.

Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.

**Mateo 28: 19, 20**

De acuerdo con los evangelios sinópticos, el reino de Dios, o el reino de los cielos, fue el tema central de la predicación de Jesús. En el Nuevo Testamento el reino de Dios significa, ante todo, el gobierno de Dios, su autoridad como Rey y, en segundo lugar, el reino sobre el que se ejerce ese gobierno. El reino es sinónimo de su gobierno. El reino de Dios, que también es el reino de Cristo (cf. **Mateo 13: 41; Lucas 22: 30; Colosenses 1: 13; 2 Timoteo 4: 1**), es el gobierno redentor de Dios en Cristo. Su objetivo es la redención de los pecadores y su liberación de los poderes del mal (**1 Corintios 15: 23-28**). Acechando, y en su contra, está el reino de Satanás (**Mateo 12: 26; Lucas 11: 18**) y el “reino de este mundo” (**Apocalipsis 11: 15**), que se oponen a la obra del reino de Dios y deben ser conquistados (cf. **Apocalipsis 11: 15**).

El reino de Dios —que vendrá en gloria al fin de los siglos (**Mateo 25: 31-46; cf. 13: 36-43**) y que traerá la regeneración del orden material (**19: 28**)—, llegó a la historia en la persona y misión de Cristo (**Lucas 17: 21**). Su ministerio y toda su predicación están marcados por esta realidad dominante. En Cristo el reino de los cielos irrumpe en el dominio del maligno. El poder de Satanás se quiebra. Todo esto se basa en el hecho de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. El reino ha venido en él y con él. El reino ha venido y el reino vendrá, pero llega en el camino de la cruz. Estas buenas nuevas, “el evangelio del reino” que Jesús mismo predicaba y enseñaba (**Mateo 4: 23; 9: 35**), deberá ser “predicado en todo el mundo, por testimonio a todas las naciones”, antes que llegue el fin (**24: 14**), invitando a la gente al arrepentimiento y a aceptar el gobierno de Dios en su vida...

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 611**

La Iglesia, expositora de la verdad presente, no debe temer al reto que debe enfrentar al presentar el mensaje final. Sabemos que las potencias del mal se coaligarán contra ella, pero el poder del Dios Altísimo está de nuestro lado y el triunfo del Mesías será total. La iglesia cumplirá con su tarea, con nosotros o sin nosotros (mejor con nosotros, reitero yo) y Dios tendrá una gran cosecha de seres que fueron rescatados del pecado y que vivirán la plenitud de la vida eterna que Dios nos ofrece, sin dolor, sin muerte, sin enfermedad, sin desigualdades sociales, sin distancias que nos separen de los amados... nada que impida un gozo eterno.

En cuanto a ese triunfo, la autora deja en claro que “el mismo poder que levantó a Cristo de los muertos levantará a su iglesia y la glorificará con Cristo, como a su novia, por encima de todos los principados, por encima de todos los poderes, por encima de todo nombre que se nombra, no





sólo en este mundo sino también en los atrios celestiales, el mundo de arriba. La victoria de los santos que duermen será gloriosa en la mañana de la resurrección. Terminará el triunfo de Satanás, al paso que triunfará Cristo en gloria y honor. El Dador de la vida coronará con inmortalidad a todos los que salgan de la tumba" (**Ellen G. White, Mensajes Selectos, Tomo 1, 359, 360**).

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 653, 654**

Siendo que la Iglesia debe rescatar mediante la predicación a muchas personas que no conocen el mensaje completo de salvación, también es cierto que dentro de la iglesia visible puede haber personas que no merezcamos esta identificación (recordemos la parábola de la cizaña que señala que dentro de la iglesia esta última coexistirá con el trigo hasta la segunda venida) y otras de fuera que, si lo merezcan, la conclusión es que hay una iglesia visible y otra invisible, y a esta última hay que añadir a los seres celestiales que nunca cayeron, los ángeles fieles y los seres de otros mundos que nunca pecaron.

Después de reconocer la prioridad de la fe y el arrepentimiento, resulta difícil minimizar la importancia que la Escritura le confiere a la dimensión visible de la iglesia. En respuesta a la predicación de Pedro y de los demás apóstoles, unas 3.000 personas "recibieron su palabra", fueron bautizados y "se añadieron aquel día" a los 120 que se habían reunido en el aposento alto (**Hechos**



**2: 14-41**). En los días subsiguientes otros fueron añadidos, haciendo que este grupo básico, que Lucas llama "toda la iglesia" (**Hechos 5: 11**), creciera hasta tener unas 5.000 personas (**Hechos 4: 4**). Resulta evidente que estos primeros creyentes cristianos actuaban como una comunidad corporativa y visible: "Perseveraban en la doctrina de los apóstoles" (**Hechos 2: 42**), tenían comunión unos con otros (versículo **42**), observaban la ordenanza del bautismo (versículos **38, 41**) y aparentemente la Santa Cena (versículo **42**), se juntaban para orar (versículo **42**), adoraban juntos (versículo **46**) y daban de sus recursos para ayudar a los necesitados (versículos **44, 45**). Éstas, indudablemente, son las características de una iglesia visible, y aunque pueden ser algo imprecisas, también lo son de una iglesia local organizada.

Esta primera comunidad de creyentes fue un grupo real, evidente y palpable que causó un alboroto público observable (**Hechos 17: 6**). La tendencia actual a catalogar a la iglesia como una entidad invisible, en oposición a una manifestación visible y concreta, pareciera demostrar una ignorancia de las enseñanzas de la Biblia en las que una y otra vez se atribuye a Dios o a Cristo la existencia de iglesias específicas, reales y visibles (cf. **1 Corintios 11: 16; Gálatas 1: 22; 1 Tesalonicenses 2: 14; 2 Tesalonicenses 1: 4**). La iglesia, según el Antiguo Testamento, no es una entidad invisible

ni una imagen mental. En realidad, una iglesia invisible sería tan sorprendente para el pensamiento bíblico como un Mesías desprovisto de una comunidad. La iglesia es corporal, visible y tangible. Tiene una estructura definida, con partes o miembros diferenciados. Es algo concreto, tanto en su ámbito local como en el universal.

Al mismo tiempo puede afirmarse que la iglesia posee una dimensión invisible que no puede medirse por la cantidad de pecadores que se unen a ella, aunque todos ellos hayan sido redimidos. No puede distinguirse con claridad la línea divisoria entre creyentes verdaderos y falsos ni identificar con precisión a los miembros auténticos de los que no lo son. No todos los miembros nominales de la iglesia sostienen una relación viva y verdadera con Dios. Los creyentes son los que constituyen la verdadera iglesia. Según las enseñanzas del mismo Señor, parece ser que la comunidad visible del pueblo de Dios es probablemente de un carácter mixto y no está conformada por un grupo de miembros homogéneo. El sólo hecho de reconocer a Dios o participar en su ministerio no es garantía de autenticidad ni tampoco de aceptación por parte de Dios (**Mateo 7: 21-23; Lucas 13: 22-27**). La cizaña crecerá junto con el trigo hasta el tiempo de la cosecha (**Mateo 13: 24-30, 36-43**).

Es posible, por un lado, que en la iglesia visible haya personas que no sean creyentes verdaderos, y que por tanto no formen parte del cuerpo de Cristo. De igual manera, es posible que



algunos tengan una relación salvadora con Cristo sin pertenecer a la iglesia visible. A ellos se dirige la invitación del evangelio para que salgan de Babilonia y se unan a la iglesia visible de Dios (**Apocalipsis 18: 14**; cf. **Juan 10:16**).

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 614, 615**

La iglesia de Dios en la Tierra es una con la iglesia de Dios en el cielo. Los creyentes de la Tierra y los seres del cielo que nunca han caído constituyen una sola iglesia.

**Ellen G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 6, 366**

Aunque sea el cuerpo de Cristo, “la iglesia está compuesta de hombres y mujeres imperfectos, que yerran y necesitan que se ejercite continuamente caridad y tolerancia en su favor” (**Ellen G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 5, 98**). “[Dios] tiene una iglesia, pero es la iglesia militante, no la iglesia triunfante. Lamentamos que haya miembros defectuosos, que haya cizaña en medio del trigo. Jesús dijo: **El reino de los cielos es semejante al hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo**” (**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 45**).

“Algunas personas parecen pensar que al entrar en la iglesia serán cumplidas sus expectativas, y hallarán sólo personas puras y perfectas. Son celosas en su fe, y cuando ven faltas en los miembros de iglesia, dicen: nosotros abandonamos el mundo para no tener ninguna asociación con individuos malos, pero el mal se halla aquí también; y preguntan, como los siervos de la parábola: **¿De dónde, pues, tiene cizaña?** Pero no necesitamos chasquearnos así, pues el Señor no nos autoriza a sacar la conclusión de que la iglesia es perfecta; y todo nuestro celo no nos permitirá tener éxito en lograr que la iglesia militante sea tan pura como la iglesia triunfante” (**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 47**).

Y, aun así, “por débil e imperfecta que parezca, la iglesia es el objeto al cual Dios dedica en un sentido especial su suprema consideración. Es el escenario de su gracia, en el cual se deleita en revelar su poder para transformar los corazones” (**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 11**).

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 650**

La Iglesia de Dios de todos los tiempos, desde el Edén hasta la Segunda venida está predestinada para triunfar contra las huestes de maldad, visibles e invisibles. Tiene un propósito que se cumplirá y una recompensa que excede todos los mejores sueños que podamos tener. Quiero ver “**su rostro**” y gozar por la eternidad con los que amo. Nada menos que eso... pero tampoco nada más. Para cada uno de nosotros es todo o nada. Yo quiero todo.

Somos parte de una historia que comenzó en el Génesis y que culminará cuando toda la tierra sea llena de la gloria de Dios. Este planeta será un gran santuario donde el pecado no tendrá cabida nunca más. Donde cada ser humano reflejará íntegramente el carácter de Dios, y donde Él recibirá toda la gloria, la honra y la adoración de la cual solo Él es digno. Y entonces veremos asombrados cómo Dios llevó a cabo esa obra de redención que fue anunciada en el Jardín del Edén a través de la esposa de Cristo. Es decir, a través de miembros de iglesias locales, hombres y mujeres comunes y corrientes, que en dependencia del Espíritu Santo decidieron poner sus dones en operación, hablando la verdad en amor y predicando el evangelio a los perdidos.

Dios quiso revelarnos en Su Palabra el lugar que ha ocupado la iglesia en Su plan de redención desde el principio. Que conozcamos lo que esa iglesia será cuando estemos con Él en Su presencia. De ese modo, y a través de los ojos de la fe, seremos capaces de ver la iglesia como Él la ve, y amarla y apreciarla como Él la ama y aprecia. A pesar de los inconvenientes que muchas veces encontramos en medio de la iglesia, aun así, es un enorme privilegio ser parte de la ayuda idónea del segundo Adán.

Dios quiere que anticipemos con gozo la llegada de las bodas del Cordero. En aquel día estaremos en la presencia de nuestro Señor y Salvador, sin mancha ni arruga, contemplando Su gloria y hermosura, en un estado infinitamente superior al que disfrutaban Adán y Eva en el paraíso antes de la caída. Contemplando la iglesia de ese modo, se acrecentará tu aprecio por ella. Pero lo que es mil veces más importante, es que se acrecentará tu aprecio por Aquel que se entregó para hacerla Suya. Es por eso que, en **Apocalipsis 22: 4**, luego de describir la gloria futura de la iglesia y el entorno de la nueva Jerusalén, Juan nos señala que “**ellos verán Su rostro**”. La esposa no centrará su atención en su propia hermosura, sino en la gloria de Su Salvador.

**Sugel Michelén, El Cuerpo de Cristo, 27, 28**

Dios le bendiga.